TEMAS SEXUALES

A. MARTIN
DE LUCENAY



1'25
PTS.

afrodisíacos y anafrodisíacos

TEMAS SEXUALES

BIBLIOTECA DE DIVULGACION SEXUAL

41

A. MARTIN DE LUCENAY

Afrodisíacos y anafrodisíacos

La leyenda de los estupefacientes.—La decadencia del vigor sexual.—Los alimentos y la higiene.—El charlatanismo de los curanderos.—Algunas recetas eficaces.—El dominio del sexo



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.—APARTADO 8025.—MADRID

PRIMERA EDICION
DICIEMBRE 1933

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

IMP-ROT (Imprenta Rotativa) Andrés Mellado, 4. MADRID

PROLOGO DEL TEMA

En volúmenes anteriores hemos hablado de las formas que adopta la impotencia sexual en el hombre y en la mujer, ya sea de orden psíquico o simplemente mecánico, así como de los métodos curativos más eficaces para conjurar estos trastornos funcionales de la psicosexualidad. Como se ha visto, la causas de la impotencia y la frigidez, aquélla en el sexo masculino, y ésta en el femenino, son muy diversas y sus etiologías no siempre iguales, pero pertenecientes, por lo general, al dominio de la clínica, que rara vez tiene necesidad de considerarse impotente en la solución de los casos que se presentan.

En esta parte de la obra, no vamos a insistir sobre tales extremos, suficientemente debatidos, más que en la parte que se refiere a su relación con los efectos de los tratamientos preconizados por el vulgo, y muy especialmente, al valor supuesto o real que, en la opinión popular, tienen los remedios, medicamentos y sistemas de todo género utilizados con el fin exclusivo, no de remediar la impotencia, que generalmente no existe, sino por el afán de aumentar la potencialidad sexual, psíquica o mecánica, y conservar un estado floreciente a base de extraer los máximos goces sin someterse de antemano a un régimen de prudencia, basado en la concepción natural de lo que debe ser el instinto de conservación que el género humano civilizado parece haber perdido por completo.

Lo que interesa a la mayor parte de la Humanidad, especialmente a la civilizada, no es la finalidad impuesta por el Supremo Hacedor, al menos de una forma más ordenada que la propuesta por los natalistas, sino que sólo o en su mayor parte es el ansia de deleites lo que representa el principal leit-motiv *de todas las actividades de nuestra civilización.*

Los pueblos salvajes nos dan ejemplo con sus costumbres sabias, fundadas en conceptos animísticos, mágicos o naturales, tendentes a conservar el vigor de la raza en sus límites justos, y ello sin libros, sin médicos, sin torneos científicos, que nada valen y para nada sirven cuando es sólo el artificio lo que trata de reemplazar a las

manifestaciones naturales, unas veces frenando los impulsos y otras activándolos, pero sin posibilidad de quedarse en el justo medio, que fué siempre el punto en que residió la virtud.

No debemos confundir la impotencia con la anafrodisia o frigidez, es decir, la ausencia de impulso sexual. La impotencia es un dique opuesto a las energías de la voluntad, mientras que la anafrodisia es un estado natural en muchos individuos, especialmente del sexo femenino, que jamás han experimentado la necesidad de las emociones eróticas. No obstante, en casos infinitos, suelen ir unidas ambas manifestaciones, esto es, que cuando puede existir una disposición física, como, por ejemplo, la erección en el hombre, falta la voluntad, es decir, el deseo de la detumescencia. Lo contrario ocurre rara vez, como no sea en sueños, fenómeno frecuente en determinados aspectos de la impotencia e incluso de la frigidez.

Por el contrario, los casos de hiperexcitación pueden ser frecuentes en sujetos a quienes de nada valen los esfuerzos de la voluntad encaminados a refrenar sus impulsos morbosos. Entonces se entabla una lucha tenaz entre las dos energías, la volitiva y la sexual, y el individuo sucumbe a la última, de una manera irremediable, contra su conciencia, contra sus deseos y en oposición con la moral. Huelga decir, entonces, que la explicación del fenómeno sólo puede encontrarse en el terreno de lo patológico, puesto que, indudablemente, se trata de verdaderos enfermos, también impotentes: impotentes de la voluntad que padecen lesiones en algún centro importante de su organismo psicofísico.

En un sentido y en otro, estos fenómenos pueden presentarse de una manera esporádica, sin entrar de lleno en los grandes grupos clínicos de la anafrodisia y la impotencia o de la erotomanía o manía erótica, que en el hombre se denomina priapismo y en la mujer, ninfomanía. Un individuo que hasta entonces ha realizado sus funciones sexuales psicofísicas con perfecta normalidad y que, de pronto, ve anulado o hiperactivado su impulso sexual, si no puede decirse que sea un enfermo, cabe asegurar que padece una anomalía. Cuando esto ocurre, el hecho suele adquirir una importancia suma en la mentalidad del afectado, atribuyéndolo proporciones gigantescas y desmesuradas, que ya son más que suficientes para crear un estado psíquico que, en algunos casos, ha sido como la puerta de entrada de la anomalía real y duradera o incurable.

En este trance, nunca se recurre al médico. El fenómeno, si se presenta en la forma de impotencia, se oculta y se calla, en la convicción completamente absurda de que el hecho es poco menos que deshonroso; se dice que la práctica de la sexualidad es un pecado, y resulta que la imposibilidad de realizar tales funciones también lo es, y más que un pecado, una vergüenza: ¿en qué quedamos?...

Entonces, en lugar de recurrir al médico, se acude a la última plana de los periódicos para buscar un producto afrodisíaco, algo que pueda despertar de nuevo la sensibilidad dormida, o se sirve uno del amigo para pedirle consejo. Pero nunca es la confesión franca, natural y lícita al médico especialista, que es el único capacitado para acabar con una simple frase, a veces, con los trastornos que aquejan al consultante injustamente alarmado.

Ahora bien, si, en vez de ser la impotencia, acontece todo lo contrario, la preocupación es menor, aunque sea la manifestación de un síntoma muchísimo más grave que el anterior, y casi siempre un aviso de que la actividad sexual está en peligro. No obstante, cuando las manifestaciones anómalas alcanzan proporciones alarmantes, también se recurre al remedio empírico o al consejo ignaro, más por comodidad que por un prejuicio moral.

El peligro de estos tratamientos está en su violencia, en su aplicación repentina y excesiva, lo que, si bien resulta de una eficacia momentánea, a la larga, se traduce en una serie de trastornos, incurables muchas veces, que hubieran podido evitarse por medio de métodos más racionales y lentos que los que recomienda el funesto charlatanismo ***sexual.***

LA LEYENDA DE LOS ESTUPEFACIENTES

El falso prestigio afrodisíaco de los eufóricos.—Las perversiones sensoriales.—Efectos de mujer.—Contradicciones de la morfina.—Anafrodisia de las morfinómanas.—Trastornos orgánicos en la mujer.—La esterilidad.—Hijos de morfinómanos.—La leyenda del opio.—Sus trastornos psicosexuales.—Mecanismo de la impotencia.—Opiomanía y sadismo.—«Los senderos de la locura».—Balance de las toxicomanías.

En el volumen anterior nos hemos referido con cierto detalle a las drogas eufóricas aliadas de la sexualidad, aunque sin estudiarlas en ese aspecto que ha de ser tema del presente capítulo. Como se ha visto, los trastornos producidos en todo el organismo psicofísico por el empleo de los estupefacientes son siempre tan graves, que, cuando no se acude a los recursos de la ciencia para lograr la desintoxicación del toxicómano, siempre en la abyección moral y física, la locura y la muerte el desastroso epílogo de ese afán inmoderado de placeres, que no son más que efímeros oasis en el terrible desierto de un dolor que no acaba y que trasciende a todos los seres que rodean al enfermo.

En el mundo de la *juerga*, es decir, del desenfreno de las actividades negativas de la moral, del libertinaje y del vicio, las drogas eufóricas gozan de un prestigio insigne e inmerecido. Los indígenas peruanos que mastican hojas de coca, lo hacen siempre hasta un límite prudente, y sólo cuando el cansancio y la fatiga de una larga jornada de viaje amenazan con anular la fuerza muscular del indio, es cuando recurre a la masticación de las hojas sagradas en demanda de las energías que le faltan para finalizar la empresa.

La euforia producida por este vegetal se manifiesta de una manera uniforme en todo el organismo, sin afectar a un sentido más que a otro. Este equilibrio sólo puede conseguirse mediante el uso

moderado de la planta a la que nunca se acude si no es en virtud de razones extremas.

Por otra parte, puede decirse que estos indígenas nacen ya cocainizados y con el organismo dispuesto a soportar los efectos estimulantes de este gran medicamento en el que no se busca placer, sino bienestar, que es muy distinto, y, sobre todo, un auxiliar poderoso en su lucha constante por la vida, contra el hambre, la sed, las fieras y los elementos naturales.

Las condiciones ordinarias de su vida no ofrecen muestras de ninguna anomalía importante en lo que se refiere a la función sexual. Saben por experiencia que, cuando se abusa de la hoja de la coca, la potencia genital aumenta; pero, en cambio, las satisfacciones son violentas y efímeras. Por esta razón, se abstienen de la droga cuando llega la hora del amor, que es todo lo contrario de lo que hacen los viciosos civilizados en las horas alegres del cabaret y el dancing.

La excitación producida por las drogas heroicas es puramente cerebral y siempre independiente del impulso sexual espontáneo, es decir, natural. Muchos individuos, que pudiéramos incluir en el grupo de los naturalmente frígidos y a quienes la sexualidad les tiene sin cuidado, viven en el ambiente del vicio por "snobismo", por no desmerecer ante el criterio de los demás que constituyen el círculo de sus amistades. Estos son los que, sugestionados por el prestigio inmerecido de las drogas eufóricas, recurren a la inyección o a la toma para "no hacer mal papel", para "ponerse a tono" con las circunstancias de una manera completamente artificial.

Desde el democrático vinazo hasta la refinada y elegante inyección de morfina, todos los eufóricos tienen propiedades afrodisíacas, lo mismo que excitan las actividades musculares, intelectuales, etcétera, y producen una mayor capacidad sensorial. Ahora bien, teniendo en cuenta la gran importancia del factor psicológico que determina una especie de autosugestión favorable al desarrollo de aquella actividad a que se aplica el empleo del eufórico, no cabe duda que el intelectual que toma morfina para buscar inspiración en sus obras no experimenta las sensaciones que la misma droga produciría en el temperamento de otro que se intoxicase en demanda de una predisposición favorable a los goces sexuales.

Todos los sentidos participan por igual de los efectos del tóxico, y también la euforia es uniforme: hay deseos de trabajar, de andar, de hablar, de amar y de divertirse. La tendencia se manifestará entonces en el sentido en que las circunstancias se presenten más

favorables. Pero esto sólo ocurre cuando el toxicómano se administra el veneno sin una finalidad determinada, es decir, sólo en beneficio del estado general. Si el tóxico se aplica para excitar la sexualidad, esa fuerza psíquica hará que queden anuladas las actividades restantes; no sentirá deseos de pasear, de trabajar, de hablar, etcétera; sólo se encontrará con fuerzas para el amor, porque a ese impulso suma la fuerza que ha restado a las demás energías.

Esto demuestra, de una manera incuestionable, que el veneno heroico ejerce su influencia en aquel aspecto a que psicológicamente la dirige el individuo, y, en muchos casos, de una manera completamente autónoma y sin relación alguna con los otros sentidos, si es que vamos a admitir que la sexualidad represente al sexto sentido. No obstante, las manifestaciones sensoriales que afectan a la sexualidad, como la vista, el tacto, el olfato, el oído y el gusto, en último término, resultan notablemente aumentadas, pero no en un aspecto uniforme y general, sino que sólo se advierte la sensibilidad en lo que incumbe a la esfera erótica. El amante puede parecer más bello en sus formas corporales y morales, su piel más fina y sedosa, su aroma particular más agradable y excitante, su voz más grata y hasta percibir emociones gustativas verdaderamente excitantes, "porque se quiere que sea así, y no porque lo sea en realidad". Pero, en cambio, es posible que cualquier objeto, acto o sustancia, que en condiciones normales son agradables para los sentidos, resulten odiosas y repugnantes bajo los efectos del eufórico, o, por el contrario, que lo que antes era insoportable, aparezca ahora grato y magnífico.

El toxicómano ama a lo más aborrecible y aborrece a lo más digno de ser amado cuando ha sucumbido a los efectos del veneno. Todo depende de la voluntad, que, al hallarse extremadamente debilitada, no es más que un campo abonado para que prospere todo género de sugestiones, incluso las más extrañas o incomprensibles.

La deformación del sentido moral es tan grande, que el toxicómano estima lícitos los actos más abominables, especialmente si son cometidos por él o por alguna persona de su afecto.

Con relación a la sexualidad, a veces el detalle más insignificante convierte al desdichado en un fetichista. Muchas perversiones sexuales van casi siempre íntimamente unidas al uso de los estupefacientes, y ello porque la droga eufórica tiene esas propiedades de transformación de todas las impresiones éticas y estéticas que se

convierten en la mentalidad del sujeto en todo aquello que más le place.

En virtud de estos mecanismos psíquicos, el toxicómano heterosexual se convierte en un pervertido homosexual, aunque sus tendencias sean completamente viriles cuando se halla fuera de los efectos del tóxico. El impulso homosexual morboso se manifiesta bajo la excitación de cualquier detalle que resulte atrayente para la mentalidad del toxicómano que deliberadamente se haya propuesto dar satisfacción a su impulso erótico. A causa de la embriaguez eufórica, su imaginación se centra sobre un hecho cualquiera, sobre el detalle más extraño y absurdo que, en adelante, representa el fetiche imprescindible en sus exaltaciones sexuales. Conozco el caso de un toxicómano que, hallándose bajo los efectos de una inyección de morfina, vió pasar a una joven que iba en el acompañamiento de un entierro. En lo sucesivo, siempre que se inyectaba, buscaba la compañía de una prostituta, a la que hacía ponerse una mantilla negra a la cabeza. Toda su voluptuosidad se reducía a imaginarse en su ensueño que él estaba muerto, y que la joven le acompañaba a la última morada. Por último, ella se quedaba en el cementerio; él abría la fosa, y, sobre el féretro, practicaban el acto sexual. En realidad, la prostituta sustituía a la joven que el toxicómano acariciaba en la imaginación.

En los estados de la embriaguez, la imaginación resulta siempre más hiperactivada e hipersensible que en otros morbosos. La impresionabilidad es infinitamente mayor, y el detalle excitante que en un estado normal, es decir, sin la predisposición causada por el tóxico, pasaría desapercibido en absoluto, despierta emociones de significación amplísima, que pueden dar lugar a que el impulso primitivo se manifieste en una forma diametralmente opuesta a aquella que constituyó el movimiento inicial. En un cabaret de Madrid era conocidísimo un aficionado a la morfina que estaba en las mejores relaciones con las tanguistas que acudían al establecimiento. Este individuo adquirió la toxicomanía, pretendiendo sustraerse al dolor que le había producido la muerte de su madre, acaecida un año antes.

Cuando, en virtud de la acción de la droga, se recluía con una prostituta o cualquiera de aquellas amigas, la imaginación, que no se había alejado por completo del recuerdo de su madre, le hacía ver que aquella mujer que se le ofrecía con gestos de impudicia, era nada menos que la muerta amada, prodigándole las más castas y puras caricias maternales.

Esta sublimación del amor se manifiesta a veces en sentido contrario: un toxicómano, perteneciente a una distinguida familia de Barcelona, fué acusado de mantener relaciones incestuosas con una hija suya, de diecisiete años de edad, sordomuda e idiota. El denunciante del hecho afirmó que el criminal individuo maltrataba con mucha frecuencia a la infeliz muchacha, la cual logró dar a entender que su padre había realizado con ella todo género de actos obscenos, incluso los más repugnantes.

No conozco ningún caso por el que pueda decirse que el toxicómano se comporta excepcionalmente de una manera noble y normal en sus relaciones sexuales. Todas las observaciones de que puedo hablar revelan que el egoísmo, la megalomanía y la malignidad son las características morales de los intoxicados por las drogas heroicas, capaces de todas las perversiones y aberraciones, pero tendiendo siempre a satisfacer sus instintos o su imaginación sin preocuparse jamás de la suerte de la persona que con ellos comparte la comedia del amor más o menos natural.

La afirmación o la creencia de que las drogas eufóricas estimulan el deseo sexual, no es más que una burda leyenda inventada por los novelistas pornógrafos, que no han hecho más que copiar lo que dijo el primer falsario que habló de propiedades afrodisíacas de dichos venenos. Ignoramos quién fué el primero que inició la propaganda de los estupefacientes desde este punto de vista; pero es lo cierto que, a través del tiempo, se ha seguido hablando y escribiendo sin conocimiento de causa. Se ha hablado de los placeres, pero quienes así se expresaban hacían caso omiso de los dolores infinitamente más grandes que los deleites efímeros que producen los terribles tóxicos.

En una ocasión fuí presentado a un novelista especializado en este género de literatura. Hablaba en sus obras de los venenos eufóricos con una precisión y un conocimiento tales, que forzosamente hube de creer que se trataba de un toxicómano de la escuela de Quincey, de Baudelaire o de otro célebre vicioso por el estilo. Pero mi sorpresa no tuvo límites cuando me dijo que en su vida había probado más eufóricos que un vasito de vino de Burdeos en las comidas, y esto porque sentaba admirablemente a su estómago. Cuando le hice saber—cosa que ignoraba—que el empleo de estas drogas se reflejan sobre el sistema psicosexual, ocasionando, por lo general, una impotencia prematura, se asombró mucho: creía fir-

memente que sucedía todo lo contrario, según había oído decir a algunos toxicómanos.

La cocaína, que es el estupefaciente más divulgado, es, sin duda alguna, el que más afecta a la sexualidad. Al principio, no cabe duda que resulta de gran poder afrodisíaco, hasta el punto de que algunos autores han comparado sus efectos a los producidos por la cantaridina (1); pero no cabe duda que, al cabo de un mes de hábito, si no ocasiona la impotencia, lo que ocurre muchas veces, produce un estado de frigidez invencible.

La ausencia absoluta de deseo sexual se manifiesta por diversos síntomas, que los cocainómanos inteligentes advierten casi siempre. Los primeros avisos consisten en la falta de atracción del sexo contrario en los heterosexuales, y de los individuos del mismo sexo en los homosexuales. Al paso que los efectos tóxicos de la droga van minando las energías orgánicas todas, el envenenado nota que aquellos caracteres sexuales que más le agradaban dejan de satisfacerle. Un toxicómano, que antes se haya sentido atraído por una mujer bella y perfecta, y que ahora desdeña o no concede importancia a esos mismos caracteres, y que poco a poco va reduciendo en su imaginación el área de su impresionabilidad o de su emotividad erótica, es un candidato seguro a la impotencia o a la frigidez sexual. Si su preferencia se manifiesta por otra mujer menos bella y de menor atractivo, el síntoma es el mismo. De todas

(1) Creo que esta comparación no puede establecerse de una manera definitiva, ya que la acción de la cantaridina es puramente mecánica, produciendo sólo la congestión de los órganos sexuales, es decir, un estado de priapismo, de fuerte erección del miembro viril. Excitaciones psíquicas no produce nunca; por esto se ha considerado a dicho producto animal como un remedio eficaz contra la impotencia puramente mecánica. En cambio la cocaína, al igual que todas las drogas eufóricas, da lugar a una exaltación psicosexual muy acentuada, lo que no quiere decir que a la vez produzca la erección o congestión de los órganos copuladores cuando estos están afectados de trastornos funcionales puramente mecánicos. Conozco el caso de un individuo que practicó la masturbación con tal exceso, que el relajamiento de los músculos del pene impedían la erección de una manera uniforme. La turgescencia no pasaba del tercio de la longitud del miembro, pero la parte restante permanecía tan flácida, que no podía practicar la penetración. Recurrió a la cocaína por consejo de un charlatán, y si es cierto que sus deseos eróticos aumentaron, también es verdad que no pudo lograr la erección completa. Fué tratado a base de yohimbina, cuyos efectos son más enérgicos y menos peligrosos que los de la cantaridina, y de esta forma pudo sostener relaciones carnales con su esposa. Lo peor fué que adquirió el hábito de la cocaína, y por fin terminó en la impotencia psicofísica irremediable. Se suicidó después de matar a su esposa al año de estar dominado por el terrible vicio. (M. de Lucenay).

formas, aún está a tiempo cuando llega a esa altura de evitar dos catástrofes: la impotencia o la frigidez perpetuas, o la demencia y la muerte como epílogo de una existencia desastrosa y terrible.

Otro síntoma típico de la muerte del deseo sexual se manifiesta por medio de un notable aumento de las excitaciones, por un deseo inmoderado de deleites carnales de todo género. Esto puede ocurrir después de un período de frigidez o de indiferencia sexual, más o menos prolongado, que el toxicómano no acertó a explicarse comparándolo con los efectos anteriores de la droga. Esto es lo que, con relación a la agonía, llama el vulgo "la mejoría de la muerte". Este fenómeno suele presentarse de una manera repentina; una noche, por ejemplo, realiza verdaderas proezas eróticas, alcanzando un límite exagerado en el número y la intensidad de sus orgasmos; pero a la mañana siguiente, si la embriaguez continúa con sus efectos eufóricos, nada tiene de particular que sienta la mayor repugnancia hacia las caricias de su extrañada amante. Y, en lo sucesivo, al no volver a experimentar el menor deseo, tampoco volverá a ocuparse de lo que ha perdido. Ahora bien, si en lugar de la frigidez, el resultado es la impotencia, el abuso de la droga en dosis mayores que las habituales no producirá resultados favorables en la finalidad que persigue, y, al aumentar la intoxicación, aumentarán también los trastornos que terminan por hacerse mucho más graves.

Los efectos de la cocaína no son iguales en los dos sexos. En el hombre no tardan en hacerse patentes las primeras manifestaciones sintomatológicas del trastorno de las funciones sexuales. Pero en la mujer, no ocurre lo mismo en la inmensa mayoría de los casos. A propósito de esto, dice un autor: "Es principalmente entre las mujeres donde hemos de buscar la historia de la cocainomanía. Algunas han confesado que no se han sentido nunca satisfechas, pese a las continuas relaciones sexuales, y que se sienten impulsadas a cometer diversos actos de un vicio torturante y complicado."

Para explicarse esta diferencia, hay que tener en cuenta la que existe entre la naturaleza de los dos sexos. En el hombre, el proceso de la tumescencia es casi todo muscular, mientras que en la mujer es principalmente psíquico. Esta diferencia de mecanismos justifica también las actitudes distintas que ante el amor sexual adoptan los dos sexos, aspectos suficientemente debatidos en otros volúmenes anteriores.

Seguramente que, de todos los venenos eufóricos conocidos, el

menos perjudicial es la cocaína. De aquí que su difusión sea mayor que la que alcancen los demás tóxicos juntos, especialmente en Europa, donde no existe el número de fumadores de opio y hachís que se cuentan por millones en Asia y América.

Por esta razón, hay que decir que el alcaloide de la hoja de la coca, la *cocó*, es el eufórico femenino por excelencia. Las excitaciones que produce en la psicosexualidad de la mujer llenan por completo las células de su predisposición erótica y aumentan de una manera considerable su capacidad sexual, que normalmente es muchísimo mayor que la del hombre. Así, pues, en una pareja de amantes cocainómanos, que tomen al mismo tiempo la dosis habitual de droga, tienen que observarse las enormes diferencias que existen entre los efectos producidos en uno y en otro.

El hombre se excita de una manera violenta, hasta el punto de que el comienzo de las intimidades se caracteriza por actos verdaderamente animales, de una brutalidad triste. Es un sadismo que encaja admirablemente con el masoquismo exasperado de la mujer, la cual empieza a experimentar los deleites eróticos antes de que el hombre haya realizado el menor acto específicamente sexual. Pero lo que ocurre siempre de una manera inevitable, es que el hombre se rinde en virtud de una serie de orgasmos intensos y rápidos, mientras que en la mujer ocurren estas convulsiones, si no con la misma intensidad, por lo menos con la misma frecuencia, pero también dentro de unos límites muchísimo más amplios, en lo que se refiere a la saciabilidad, que sólo se consigue al cabo de triple o cuádruple número de orgasmos que los obtenidos por el hombre, aunque lo más frecuente es que no sea la satisfacción, sino el cansancio nervioso y muscular lo que pone el límite a tan bestiales excesos.

Los comienzos de la embriaguez cocaínica en la mujer adopta formas muy parecidas a la ninfomanía. Se llega a un estado de locura, de manifestaciones seguramente más graves, especialmente cuando se trata de neuróticas y de prostitutas "nacidas para eso". En una ciudad alemana fueron detenidos por la Policía cuatro parejas que se habían reunido en el salón reservado de un club galante para tomar cocaína. Todos ellos fueron conducidos a un establecimiento policíaco, ya que pertenecían a una banda de contrabandistas de drogas. Durante las diligencias de declaración, los detenidos dieron pruebas de una cinismo sorprendente, por lo que se dispuso su arresto inmediato en los calabozos de la Jefatura. Los hombres fueron encerrados en otro departamento inmediato al en que

fueron las cuatro damas, y ya que no podían estar juntos, se entregaron a las conversaciones más obscenas que pueden imaginarse.

Una de las mujeres sufrió un colapso cardíaco a consecuencia de la fuerte dosis de droga que había ingerido, por lo que hubo necesidad de llamar a un médico. Cuando el facultativo se hallaba auscultando a la intoxicada, operación que se llevó a cabo delante de sus compañeras de reclusión y de varios agentes policíacos, una de ellas sufrió un acceso de erotomanía impulsiva, y, desgarrándose los vestidos, quedó completamente desnuda. Entonces se abalanzó sobre uno de los agentes, abrazándole de una forma altamente obscena. Tras de grandes esfuerzos pudo ser reducida; pero cuando la conducían a otra habitación, ganó la puerta de la calle, desapareciendo en unas callejuelas habitadas por prostitutas. Completamente desnuda, llegó a una casa de prostitución, donde permaneció casi toda la noche entregada al comercio más licencioso, hasta que pudo ser nuevamente detenida en un estado lamentable. Uno de sus amantes ocasionales, que también fué detenido, la había golpeado y herido tan brutalmente, que falleció a los dos días de haber ingresado en el hospital.

Estos verdaderos delirios eróticos van seguidos siempre de un estado de frigidez, que resiste a los tratamientos más enérgicos. Los trastornos son más acentuados en la mujer que en el hombre, pero también más soportables, ya que aquélla no experimenta los efectos del impulso sexual, normalmente, con la misma violencia que se manifiesta en el sexo masculino. La diferencia se significa, además, porque a la vez que las drogas producen excitaciones psíquicas, su toxicidad actúa sobre el sistema cardiovascular, produce trastornos circulatorios y, por consecuencia, la falta de erección, es decir, la impotencia física, puesto que el mecanismo de la tumescencia consiste en la repleción sanguínea de los músculos cavernosos del pene.

En la mujer la turgescencia no se opera en órganos tan amplios, ya que casi siempre es el clítoris el centro de la voluptuosidad erótica. Por tanto, teniendo en cuenta que el amor, en general, es para el sexo femenino la suma de varios factores psíquicos de escaso reflejo muscular y nervioso, se comprende que los efectos de los eufóricos de supuestas virtudes afrodisíacas tengan que ser más notables en ella que en el hombre.

Un cocainómano queda completamente inútil para la práctica de la sexualidad al cabo de dos o tres meses de hábito cocaínico, mientras que una mujer en las mismas condiciones, resulta apta para el

placer durante muchos años, pero siempre cuando esté bajo los efectos de la droga. De ninguna manera es posible admitir que, fuera de esas influencias tóxicas posea ni el más mínimo grado de excitabilidad, lo cual constituye la creencia de los juerguistas estúpidos que creen que una cocainómana ha de producirles los máximos deleites en virtud de su difícil saciabilidad. Ello no ocurre más que en los momentos en que está embriagada por el eufórico, y jamás de una manera permanente. Lo que sucede es que la toxicómana, que sólo puede adquirir el veneno a fuerza de dinero, procura conservar esta leyenda fingiendo toda clase de comedias, con tal de asegurarse el mayor número pósible de clientes. Por otra parte, como quiera que la pérdida del sentido moral es completa, una mujer en este trance no tiene inconveniente en someterse de lleno a los caprichos sexuales del hombre, por repugnantes y brutales que sean. El caso es obtener el dinero suficiente para la adquisición de la droga: lo demás no importa.

La afectividad queda anulada en el cocainómano a las pocas semanas de haber adquirido el hábito, y este fenómeno se observa con caracteres más amplios en la mujer que en el hombre. He conocido a una mujer de veintiséis años que adquirió en Lisboa el vicio cocaínico. Su esposo era un alto empleado de un establecimiento bancario, que a la sazón realizaba unos trabajos en una ciudad española. Este matrimonio tenía un hijo, preciosa criatura de cinco años. La viciosa concurría con frecuencia a ciertos círculos galantes donde se bailaba, se bebía y se tomaba "cocó". El niño cayó enfermo, y durante seis días el instinto maternal, que aún supervivía entre los sentimientos que mató la droga, la hizo permanecer a la cabecera del lecho del enfermito. Una tarde recibió la visita de una amiga, que la notificó que aquella noche había reunión en el domicilio de uno de los de la partida, a la que pensaba asistir. Y, a pesar del estado alarmante de la criatura, la desgraciada abandonó a su hijo, dejándole al cuidado de una sirviente. Regresó de madrugada en un estado lamentable. Y cuando llamó a la puerta, no advirtió que varias personas de la vecindad estaban en su casa. Sólo al cabo de veintidós horas se enteró de que su hijito había sido enterrado.

En cuanto a la prostituta, cabe decir que representa "la última palabra"; si su degeneración moral fué la causa que la empujó a la prostitución, el último átomo de moral o de buenos sentimientos es disuelto por el cáustico terrible de la droga. Estas mujeres suelen ser las amantes de los criminales de toda laya, encubridoras de ladrones, estafadoras, pendencieras, inadaptadas a todo medio que no sea el de la maldad y el crimen. Jamás se someten a la tiranía de un chulo, porque para ello sería preciso que en su corazón quedasen algunas fibras sensibles. Trabajan por obtener dinero y procurarse la droga favorita. Todo lo que no sea su vicio, son emociones que no existen para ellas. En su erotismo cerebral principalmente, no tienen preferencias por un hombre determinado: para saciar sus apetitos excitados por el tóxico, cualquiera es bueno: un anciano, un limpiabotas, el "botones" de un café, su padre o su hermano: un hombre.

Uno de los fenómenos más frecuentes de la intoxicación cocaínica, sobre todo en las prostitutas y neuróticas, es el afán perverso de mentir. En unas la mentira es consciente, es decir, a sabiendas de que mienten, y en otras adopta las formas de la *mitomanía*, o sea la manía de mentir, persuadidas de que dicen la verdad. Un agente de Policía que había practicado la detención de dos prostitutas cocainómanas, se vió envuelto en un escandaloso asunto; pues ambas le acusaron de aprovecharse de la droga que ocupaba a los detenidos, vendiéndola después por mediación de otras personas. Ambas prostitutas lograron acumular tal serie de cargos contra el honorable policía, que, a no ser por la intervención de un médico especialista, que puso en claro toda la trama, lo hubiera pasado muy mal. Una de las prostitutas era una enferma, y su mitomanía completamente morbosa; la otra confesó, acosada a preguntas, que había inventado aquella historia para perjudicar al agente, y que era uno de los más temidos por la gentuza del *milieu*.

Acerca de los trastornos producidos por la cocaína en el organismo de la mujer, se han emitido diversas opiniones, casi siempre contradictorias. Una de las consecuencias más frecuentes es la supresión de las reglas menstruales, lo que da lugar a muchos desórdenes neuropáticos que no se presentan, excepcionalmente, en aquellas que, a pesar del tóxico conservan sus reglas con normalidad más o menos absoluta.

Estos desarreglos neuropáticos y fisiológicos, tales como la mitomanía, la melancolía, el crecimiento del vello en el cuerpo, la masculinización de algunos caracteres, etc., no son una consecuencia inmediata de la intoxicación cocaínica, sino que obedecen, esencialmente, a la supresión de los menstruos, puesto que se manifiestan de forma idéntica a la que resulta de la hipofunción ová-

rica. Un dato muy significativo, que he tenido ocasión de observar, es que en tres mujeres cocainómanas de veintinueve, veintiséis y veinte años, en las que desaparecieron las reglas al poco tiempo de adquirir el hábito, presentaban caracteres de virilismo bastante acentuados, siendo además homosexuales activas. Durante los estados de embriaguez rechazaban la compañía de los hombres. Las tres tenían instaladas a dos muchachas en un piso, a las que al mismo tiempo obligaban a recibir a algunos amigos.

La más joven tenía antecedentes hereditarios, pues su padre fué un pervertido homosexual. Las dos restantes, según me aseguraban personas que las conocieron antes de sucumbir a la atracción de la droga, eran perfectamente femeninas en su aspecto y en su vida.

Después de la cocaína viene la morfina en cuanto al orden de su difusión en el mundo de las toxicomanías.

La acción excitante de este alcaloide difiere mucho de la de la cocaína, y, en virtud de las observaciones realizadas, está comprobado que sus efectos no son iguales en la mujer que en el hombre. No cabe duda que la sobreactividad fisiológica por esta droga da lugar a un estado de eretismo genital muy duradero, especialmente en los comienzos de la intoxicación, pues los órganos sexuales parecen aprovecharse del aumento de energías y del estímulo dinámico general, acción que se observa en muchos individuos psíquicamente impotentes.

En el hombre, la plena intoxicación morfínica puede dar lugar al desarrollo de una potencialidad insospechada, más o menos duradera, aun en los casos de frigidez o impotencia muy antiguas. Claro es que para ello se hace preciso que la impotencia sea exclusivamente psíquica, o, mejor dicho, que sea posible la erección. Se conocen casos de impotencia física producida por el abuso de la masturbación, en los que pudo lograrse la turgescencia e incluso realizar el coito; no obstante, aunque las excitaciones sean muy fuertes y los deseos muy vivos, el acto sexual resulta muy rápido y las sensaciones débiles y efímeras.

Suelen presentarse alternativas de aumento y disminución del deseo sexual, lo que produce en el toxicómano una verdadera confusión acerca de los efectos de la droga. Hay muchos individuos que recurren a la inyección en momentos en que para cualquier aventura necesitan del máximo rendimiento de sus posibilidades sexuales; pero, a pesar de tal sugestión, los efectos conseguidos

son diametralmente opuestos a los que se pretende lograr. Otras veces ocurre lo contrario: si buscan en la droga el estímulo necesario para la práctica de otra función independiente de la sexualidad, el tóxico niega su influencia en tal sentido y la conduce por el terreno erótico cuando, a lo mejor, no existe la posibilidad de satisfacción adecuada.

La autosugestión influye poderosamente en ciertos sujetos neuróPatas; pero en otros de temperamento más equilibrado, tales recursos psíquicos resultan contraproducentes. Por eso, dice un autor, que "la morfina lleva una perturbación profunda y contradictoria a las funciones de reproducción y a la agudeza del deseo sexual. En general, puede decirse, agrega, que el abuso de la morfina conduce rápidamente a una exaltación sexual que llena a las víctimas de este veneno de un ardor desconocido. La sobreactividad fisiológica por la morfina determina un erotismo permanente e imperioso en los dos sexos".

No obstante esta afirmación, creemos que el "abuso" no puede conducir nunca a esos resultados que el autor aludido estima como típicos de la regla general. El abuso determina, indefectiblemente, no sólo la impotencia, sino la abolición completa de las funciones sexuales, desde todos los puntos de vista. Mucho más acertadas nos parecen las opiniones del doctor Pagador, cuando dice: "En plena intoxicación la morfina despierta, a veces, las energías dormidas; pero esta resurrección es efímera y, caso de aparecer, pierde en duración y eficacia lo que gana en intensidad cerebral y en imaginación, ya que si la erección es más pronta y los deseos más vivos, el resultado es penoso, breve y fugaz. La morfina, al cabo de algún tiempo, mayor o menor, según el individuo, mata todo deseo sexual. El sentido genésico se apaga, el deseo por la mujer huye y la erección es imposible."

Este aspecto de la acción del alcaloide ha sido muy discutido siempre, discusión que, a nuestro juicio, es completamente obvia, ya que, en gran parte, el diagnóstico depende del temperamento de cada individuo, de sus condiciones morales, de su género de vida, de la educación, de la edad y hasta de los antecedentes de su vida sexual, sin desdeñar la importancia que encierra el detalle de la época y las circunstancias en que se adquirió el hábito. Desde luego, es una masa caótica de agentes y elementos lo que determina en cada individuo la acción del tóxico en la esfera sexual, y, por tanto,

resulta verdaderamente incorrecto establecer para todos un régimen uniforme de apreciación.

El doctor Motta dice que el morfinómano crónico es impotente y estéril, aunque reconoce que muchos de estos intoxicados en grado avanzado, que eran de antes impotentes y estériles, han recobrado sus fuerzas genitales y su capacidad reproductora gracias al alcaloide. Por otra parte, cita numerosos casos de prostitutas del gran mundo que alaban las virtudes afrodisíacas de la morfina.

En este punto, tampoco debe compararse a la mujer con el hombre, puesto que los efectos en uno y otro no son siempre iguales. Es posible establecer una regla general de escasas excepciones, refiriéndonos a la mujer; pues, según un investigador, lo que en el hombre supone un aumento de energías sexuales e intelectuales, en el sexo femenino representa un estado parecido a la frigidez. "En la mayor parte de las mujeres—dice—se manifiesta, sobre todo, por una especie de delirio casto, por un estado de somnolencia idealizada." Sin embargo, hay mujeres que se presentan rodeadas de una coraza de castidad, mostrando verdadera repugnancia física y moral a todo lo que se refiera a la sexualidad; pero que, en un momento dado, son capaces de las mayores bizarrías eróticas. El doctor Gilbail, que no cree demasiado en la denominada "anafrodisia morfínica", cita el caso de una enferma que no se contentaba con recibir los homenajes puramente platónicos de los hombres. El menor roce-miento, un simple apretón de manos, bastaba para determinar la aparición del orgasmo. "Sentía a la vez—decía—aquella mujer una extraña voluptuosidad combinada con el dolor más terrible, y, apenas había satisfecho mis deseos, cuando otra vez comenzaba a sentir la misma voluptuosidad."

Este estado morfínico de supuesta anafrodisia se observa con mucha frecuencia en las prostitutas largamente habituadas al uso de la droga y que además llevan bastante tiempo de "carrera". Pero por encima de todo, debe reconocerse que antes del hábito, en el hábito o después del hábito, pueden influir las infinitas neuropatías que casi siempre aquejan a las mujeres de vida licenciosa. Yo conocía a una distinguida prostituta que merodeaba por los salones de los grandes hoteles, siempre vestida de negro. Contaba yo no sé qué historias familiares, y pasaba por la más honesta de todas las profesionales, y hasta, en una ocasión, me habló de su pensamiento de ingresar en una comunidad de recoletas.

Todo esto no era nada sorprendente: en todo tiempo ha sido

verdadero el adagio que dice que "el diablo, harto de carne, se mete a fraile"; pero en el fondo de este eretismo "morfinomístico" palpitaba un impulso sexual reprimido, sin duda alguna, por las virtudes anafrodisíacas de la droga. Para oirla contar las excelencias de la vida claustral, no había más que buscar su compañía hacia las cuatro o las cinco de la tarde, que es cuando estaba bajo los efectos "místicos" del alcaloide. Pero a media noche parecía olvidarse de sus aficiones religiosas, para entregarse al paganismo más desenfrenado con el primer hombre discreto que se pusiera a su alcance. Según referían algunos amigos de la enferma—esto es indudable—, daba pruebas de una excitación violenta, pero fácilmente saciable, que en los primeros instantes podía confundirse con un acceso de ninfomanía. Y otra prueba de su desequilibrio que, según mis observaciones, era anterior al uso de la droga, consistía en que, a veces, la costaba trabajo recordar los actos ejecutados la noche antes, llegando incluso a sorprenderse de que, en realidad, hubiera cometido ciertos disparates sexuales. Creo que la mitomanía desempeñaba un papel muy importante en su actitud, que cualquiera que no la conociese, estimaría tan leal como sincera. Y sin embargo, no era así. En el campo afectivo de su conciencia no había ningún sentimiento noble; su madre, una pobre anciana que en otros tiempos vivió con cierta holgura, se dedicaba poco menos que a la mendicidad. Algunas personas de buenos sentimientos la pagaban el humilde cuarto en que vivía en uno de los barrios extremos de Madrid. Hacía la limpieza de algunas casas y por la noche se dedicaba a vender cerillas y décimos de la lotería. Si alguna vez se encontraba con su hija a la puerta de un café u otro establecimiento nocturno, ésta hacía como si no la viese; porque, como confesaba a sus amistades, se avergonzaba de que su madre estuviese en tales condiciones, situación que la viciosa hubiera podido evitar fácilmente, ya que pocas veces la faltaban diez duros en el bolso.

Un fenómeno curiosísimo, observado también en la mujer con más frecuencia que en el hombre, es el importantísimo papel que la sugestión juega en la producción de los ensueños morfínicos. Conocemos algunos casos de morfinómanas neuropáticas que, habiendo llegado a un límite avanzado en el vicio, experimentaron ensueños, es decir, la misma euforia e iguales trastornos que inyectándose morfina, poniéndose inyecciones de agua destilada con algún compuesto innocuo.

Un individuo de treinta años, impotente desde hacía uno, sólo

lograba reanimar su virilidad mediante la inyección de morfina. La dosis corriente era de 40 a 50 centígramos, insuficiente algunas veces, sobre todo si trataba de excitar su sexualidad. Un amigo médico le habló repetidas veces de que poseía unos gramos de morfina de calidad inmejorable que ponía a su disposición, pero dosificándoselo él mismo, pretextando que no tenía confianza en lo que hiciera el morfinómano. En efecto, cuando llegó la hora del pinchazo, el médico preparó la inyección y se la puso; aseguraba que con veinte centígramos tenía bastante, aunque elevaba la dosis a treinta, a fin de que comprobase la inmejorable calidad del tóxico.

Durante cuatro o cinco días se reunieron los amigos para inyectarse morfina, ya que el médico también se administraba la dosis correspondiente. Los efectos eran magníficos, y el morfinómano aseguraba que nunca se había sentido tan bien y con menos trastornos posteriores a la embriaguez. Su amigo le preparó la solución en ampollas, de las que le entregó unas cajas, pues, a causa de un viaje que tenía que realizar, le era imposible continuar las sesiones eufóricas. Durante la ausencia se escribieron, y el morfinómano le daba cuenta a su amigo de sus emociones. Un día recibió éste una carta en la que le decía que el narcótico se le iba acabando, "pero que no lo sentía gran cosa", puesto que se creía en vías de curación del hábito. Aseguraba que habían transcurrido cinco o seis días sin hacer uso de la droga, pues una mujer le hizo recobrar buena parte de su potencia sexual "con sólo sus encantos".

El médico regresó del viaje, y fué a visitar a su amigo, el cual le recibió con los brazos abiertos.

—¿Se te acabó la droga?—le preguntó.

—No; ahí quedan cuatro ampollas que te puedes llevar, porque no las necesito; hace veintidós días que no me pincho, y creo que esto se ha acabado para siempre: acaso lo necesites tú más que yo.

El médico salió de casa de su amigo completamente satisfecho, y en la primera alcantarilla que encontró tiró la caja con los cuatro inyectables, que eran de agua purísima, como todos los que emplearon él y su amigo. El tóxico, que a la vez había obrado como insustituíble medicina, no había sido otra cosa que una gran dosis de sugestión diluída en agua destilada.

Este tratamiento sólo puede practicarse con algunas probabilidades de éxito—un caso entre mil—con individuos cultos, neuropatas y levemente intoxicados, como creo que era el caso referido. De otra forma, ya es necesario recurrir a otros procedimientos más

complicados, sobre todo cuando se trata de sujetos inmorales y viciosos. No obstante, cuando la intoxicación tiene un origen terapéutico o también en virtud de un dolor moral que le hizo buscar el olvido en el veneno, es decir, aquel cuya intoxicación es la única lesión que padece, no tiene más que adoptar ante el médico una actitud completamente pasiva y "dejar hacer" al técnico que tiene que verse ante la psicología especial que en el enfermo ha creado el veneno.

Algunos autores han negado importancia al papel de la mujer en la curación de las toxicomanías, pero esto no es justo. En la vida del célebre literato y toxicómano Barbey d'Aurevilly se advierte la influencia de una mujer inteligente, que no tuvo necesidad de recurrir a la ciencia para arrancarle del vicio de los venenos, devolviéndole la salud, la alegría y la capacidad normal en todos los órdenes de su psicofisiología.

Para resumir todo lo dicho con respecto a la acción de la morfina sobre la psicosexualidad del hombre, hay que prescindir de los pocos casos verdaderamente excepcionales en que se observa la conservación de la potencialidad sexual. La regla general no es otra sino que el morfinismo crónico produce la impotencia absoluta, amén de los infinitos trastornos a que nos hemos referido en el anterior volumen, y que afectan a todo el organismo psicofísico. Varios autores registran numerosos casos de individuos que, habiendo perdido la potencia genital, después de recurrir a toda clase de tratamientos completamente ineficaces, han encontrado la solución en el suicidio. Un autor cita el caso de un intoxicado que, ante su irremediable impotencia, morfinizó a su esposa, a fin de evitar que ella plantease demanda de divorcio con el alegato de la incapacidad del enfermo para cumplir con sus deberes matrimoniales.

No está suficientemente demostrado que la atrofia testicular sea, por lo general, una consecuencia de la intoxicación. Los testículos funcionan normalmente, como lo prueba el hecho de haberse encontrado espermatozoides vivos de buena calidad en las eyaculaciones involuntarias de los morfinómanos, las cuales se verifican sin la erección del pene. Esto se ha observado con más frecuencia en virtud de los tratamientos de desintoxicación rápida propuestos por Levinstein, Erlenmeyer, Sollier y otros. No obstante, ocurre a los intoxicados en virtud de la acumulación del licor seminal en los reservorios prostáticos, y, por lo general, a consecuencia de los es-

fuerzos de la defecación u otros parecidos que exijan cierta tensión muscular.

En cuanto a la mujer, los efectos de la intoxicación morfínica no se reflejan con tanta intensidad en el aspecto erótico, aunque esto es muy aleatorio, por lo que no es posible establecer reglas generales.

En cuanto a las funciones reproductoras, también hay varias opiniones contradictorias. "La morfina—dice un autor—no inflige forzosamente a sus víctimas el castigo de la esterilidad. Pero, en muchos casos, los fenómenos de la ovulación desaparecen rápidamente. La morfinómana ve pronto que la esterilidad sucede al erotismo permanente." El mismo autor reconoce que esta ley no es general, puesto que muchas morfinómanas han sido madres, aun estando sometidas a una inyección diaria. El doctor Braitwai ha publicado la historia de una mujer que se estuvo inyectando diariamente cuarenta centígramos de morfina durante todo el tiempo que duró la gestación y que dió a luz, no obstante, un niño vivo y sano.

Pero este caso también puede considerarse excepcional. Por regla general, la criatura que nace de una madre morfinómana en período avanzado de intoxicación, y sobre todo si adquirió el hábito antes de ser fecundada, viene al mundo presa de un temblor febril que algunos tocólogos poco expertos en toxicología atribuyen a la diferencia ambiente de temperatura. Puede decirse que el niño se intoxicó durante su vida intrauterina; por esto, al venir al mundo, no pasan muchas horas sin que le acometa un temblor general, que puede adoptar las formas de una superexcitación tan grave que si no se recurre a las medicaciones a base de compuestos opiáceos para calmarle, la muerte sobreviene a consecuencia de un colapso.

Afortunadamente, una de las características de la intoxicación morfínica es la esterilidad accidental, que dura tanto tiempo como la toxicomanía. Al poco tiempo de haber adquirido el hábito, se presenta la amenorrea o supresión de las reglas periódicas. Esta propiedad de la morfina está comprobada, además, porque en los casos de grandes hemorragias uterinas, la aplicación medicinal de la droga produce siempre resultados maravillosos. Por otra parte, a las pocas semanas de tratamiento o de abandono del vicio, si el estado general de salud de la morfinómana no se ha resentido de una manera notable, los menstruos vuelven a aparecer y, con ellos, el equilibrio de las funciones reproductoras.

Lo que no es posible es intentar la desintoxicación ni aun si

quiera la supresión de la droga durante el embarazo, porque entonces se presentan las convulsiones y trastornos típicos de la abstinencia morfínica, de los que los más peligrosos son las contracciones uterinas que casi siempre dan lugar a la expulsión prematura del feto.

Respecto de los productos de estas concepciones, que pudiéramos denominar, sencillamente, criminales, por lo general, los hijos nacen raquíticos, débiles, predispuestos para todas las enfermedades, especialmente las de orden infeccioso. Se presenta la tuberculosis precoz, y si el niño pasa de la dentición, la imbecilidad y diversos trastornos mentales hacen de la criatura un ser desdichado con escasa capacidad vital.

Los hijos de padre morfinómano, según un especialista, "son en su mayoría nerviosos, histéricos, de constitución débil y moralmente retardados de inteligencia o sumamente precoces, de malsana precocidad, colocada en un organismo débilmente constitucional y de indudable fondo neuropático". Por lo general, estos individuos suelen ser también débiles sexuales y a veces herederos de los hábitos paternos.

Respecto de la inversión sexual, una gran proporción de morfinómanos son invertidos pasivos, tan débiles de voluntad, que siempre son manejados al antojo de cualquiera que ejerza la menor influencia sobre ellos. En el célebre crimen del expreso de Andalucía, aparecieron algunos tipos de esta naturaleza, especialmente uno, que acaso se libró de morir en el patíbulo gracias a su morfinomanía.

El opio ocupa el tercer puesto en el orden de las supuestas propiedades afrodisíacas de las drogas eufóricas, y también en lo que afecta a su consumo entre los europeos.

Desde muy antiguo son conocidas las virtudes excitantes del opio, pero sólo cuando es tomado en pequeñas cantidades. El opio no crea imágenes eróticas, como cree el vulgo, incluso los que fuman tabaco inglés, al que se atribuyen indebidamente propiedades eufóricas, en la creencia de que en dicho tabaco se mezclan compuestos opiáceos. El fumador de opio sueña lo que quiere, es lo que desea y realiza en su ensueño cuanto se imagina. Es preciso que la voluntad dirija a la imaginación, lo que sólo se consigue en los primeros momentos de la acción de la droga; pues, al cabo de algún tiempo, la imaginación se desenvuelve sola en el área del ensueño. Como dice Libermann, no es el opio el dueño de la voluntad, sino que ésta se adueña de las propiedades de la droga. Ahora bien, al

cabo de muy pocos instantes, el veneno ejerce su tiranía sobre las facultades volitivas del opiómano, creando una nueva naturaleza.

No es cierto, como muchos aseguran, que el opio proporcione emociones eróticas a todos sus aficionados: los sueños eróticos dependen del individuo, y no se producen sino en aquellos a quienes su temperamento predispone para el goce de los placeres venéreos. Pero para el intoxicado imprudente, que poco a poco quiere aumentar la cantidad del tóxico, esa embriaguez adopta formas entrañas que se traducen en horribles pesadillas que Liebermann llama "parodias de la voluptuosidad". "Está sometido—dice—a todas las torturas del infierno búdhico: cree abrazar a una mujer, y encuentra entre sus manos un espectro aterrador, cuyos restos informes se juntan desagradablemente a sus carnes." Algunos fumadores de opio dicen que la visión, mejor dicho, las emociones que se experimentan en este punto de la embriaguez, son los sentimientos eróticos aumentados de tal forma, que el placer acaba por convertirse en dolor. No me merecen ningún crédito tales afirmaciones referentes a la psicología del opioerotómano.

El cuadro clínico que hace un especialista de los trastornos psicosexuales producidos por el opio es el siguiente: "En el período de iniciación se aumenta el deseo carnal, y en el período de intoxicación es primero la frigidez parcial y luego la impotencia total, que es paralela a la debilidad general orgánica. Durante la frigidez se presenta a veces la erección, pero a medias y a costa de un esfuerzo mental erótico grande. La espermatorrea diurna es frecuente, y debida a la parálisis prostatovesicular.

En la mujer, los deseos sexuales se mantienen más tiempo, sobre todo en las de Oriente. El período menstrual desaparece, y raramente la mujer queda embarazada, en cuyo caso el producto de la concepción es un ser raquítico y degenerado. Las mujeres chinas orientales, opiómanas o mujeres de fumadores, dan lugar a una descendencia ruín, pero no tanto como la que resultaría en la mujer europea intoxicada."

La intoxicación opiácea no produce en la mujer los trastornos funcionales de que hablan algunos autores, tales como una especie de vaginismo parecido al que se presenta a consecuencia de las lesiones producidas por el desgarro del himen. Al contrario, creo que la anestesia de las mucosas vulvares y vaginales es total en muchos casos, y parcial en todos los restantes, sobre todo cuando el empleo del opio es por vía digestiva. Esto se explica perfectamente por la

completa insensibilidad de las mucosas uretrales en la mujer lo mismo que en el hombre, pues al efectuarse la eliminación del tóxico con la orina, nada tiene de particular que se produzca esa anestesia en las vías urinarias, quedando también afectados los órganos inmediatos en virtud de la simpatía de relación de las células.

Este trastorno ha llegado a confundirse con la impotencia en la mujer y, mejor aún que impotencia, con la frigidez. Lo que ocurre es que se opera la insensibilización, la atonía de los órganos de la voluptuosidad, especialmente en las mucosas vaginales. El clítoris también pierde sensibilidad, pero no en la misma medida que la vagina. Ahora bien, todos estos efectos quedan contrarrestados con el aumento de las excitaciones psíquicas, que son, en todos los casos, el gran recurso de la mujer.

El doctor Nicoláss ha estadiado el doble mecanismo productor de la frigidez y la impotencia. Dice este tratadista que, cuando se fuma hasta los confines de la embriaguez, la erección se produce sin dificultad, siempre que el sujeto invoque ideas lascivas, siendo las sensaciones experimentadas de tanta intensidad como en el estado normal. Ahora bien, la eyaculación se retarda considerablemente, hasta el extremo de que algunos fumadores permanecen en estado de priapismo más de una hora, a veces dos, antes de poder eyacular. Dicho autor atribuye estos hechos a un fenómeno nervioso, siendo la eyaculación la última fase de un acto reflejo, cuya terminación está en la contracción de los canales espermáticos. El doctor Pagador saca la consecuencia, a todas luces lógica, de que si el acto es retardado, ello obedece a que el poder reflejo de la medula está disminuído. También opina el referido doctor que, cuando la impotencia es absoluta, la glándula espermática se atrofia, el testículo se retrae y termina por esclerosarse.

La relajación de los músculos que intervienen en la tumescencia y en la detumescencia, es decir, en las dos fases típicas de la función genital, suele ser completa en muchos opiómanos, pero sólo en los estados graves de intoxicación. Estos músculos recobran su tonicidad tan pronto como desaparece la causa que los relaja; pero no se observan casos muy frecuentes de pérdida completa de la función secretora testicular, a no ser que la droga haya producido lesiones orgánicas en el testículo. Los testículos de los impotentes a causa de la intoxicación opiácea, lejos de disminuir de volumen, parecen más duros al tacto, lo que, indudablemente, es consecuencia de la acumulación de licor espermático en los tubos seminíferos.

Esto, no obstante, el opiómano rara vez tiene eyaculaciones en sus ensueños eróticos. Existe, sí, una emisión lenta y flúida que no es más que secreción prostática. La eyaculación en los impotentes puede presentarse en sueños, fuera del estado de embriaguez, y sin experimentar la menor sensación. Esto ocurre con frecuencia al realizar esfuerzos para la micción o la defecación, por lo que puede decirse que se trata de prostatorrea o espermatorrea, hasta cierto punto natural, si tenemos en cuenta que estas evacuaciones glandulares no pueden verificarse en circunstancias normales como consecutivas a la detumescencia o intimamente unida a ella, puesto que, prácticamente, es imposible que ocurra.

Para conservar el vigor genital, el opio no es necesario; tampoco puede decirse que deba recomendarse como el mejor remedio en los casos de impotencia. Pero es cierto que los chinos que saben poner un límite prudente a sus pipas, conservan la potencia sexual hasta edades muy avanzadas, pudiendo pasarse ocho y más días sin recurrir a la droga, abstinencia que no produce trastornos insoportables. Ahora bien, no todos los chinos saben sostener el "punto del opio", sino que el afán de aumentar las sensaciones les lleva a los mismos extremos que llega un occidental.

En China, un fumadero y una casa de prostitución son la misma cosa: una denominación es sinónima de la otra. Pero lo mismo el chino inteligente que el cooli inculto, cuando saben conservar el "punto" pierden el sentido recto de la sexualidad. Esto no equivale a un debilitamiento de las facultades viriles, como caprichosamente afirman algunos autores, al menos refiriéndonos a aquellos individuos que saben hacer compatible la embriaguez con la conciencia, a fin de evitar los riesgos de la intoxicación. Lo que es indiscutible es que lo mismo el fumador prudente que el imprudente, se desvían hacia la homosexualidad, y, sobre todo, lo que es bastante más grave, hacia la perversión masoquista.

Millant dice: "En la atmósfera pesada y olorosa del humo del opio, los sentidos del fumador se extravían lo mismo que su voluntad. La droga termina por hacerle incapaz de un verdadero deseo. Comienza a gustarle entonces rozarse con cualquiera. Es entonces cuando interviene el muchacho que ha confeccionado las pipas y que suele ser más seductor que las cortesanas." Libermann dice que en China, es en la provincia de Petchilí—donde más opio se fuma—donde los placeres contra natura están más extendidos. El mismo contó en Tien-Tsin hasta treinta y cinco casas en las que muchachos de ocho a diecisiete años servían para satisfacer las pasiones vergonzosas de la población, siendo el opio una de las causas principales de la extensión de los placeres unilaterales en el ex Celeste Imperio." (Chapotin.)

El doctor Pagador dice a este respecto: "El homosexualismo es frecuente entre los opiómanos, hombres y mujeres; pero esto no quiere decir que sea la intoxicación la causa esencial, sino que es una aliada de la inversión, y el ambiente es otra. Las razas orientales no desprecian el homosexualismo, que les parece perfectamente legítimo y natural, y algunos chinos refinados buscan en la inversión, activa o pasiva, el medio de satisfacer sus sentidos y su espíritu. Contribuyen a esto la incultura general de la mujer china, la repulsiva fealdad de la mujer annamita o tonkinesa y el medio ambiente de la consideración que en aquellos países tiene el invertido. En los países orientales, en todo el continente amarillo, la mujer está colocada sobre un trípode nosográfico: sífilis, opiomanía y homosexualismo." (1)

Las excitaciones sexuales que fomenta el opio son conscientes en los comienzos de la embriaguez, es decir, que el fumador que quiera realizar prácticamente el hecho erótico, sin esperar a las fantasías del ensueño, puede encontrar placeres normales. Pero no se crea que esta disposición va más allá de los límites naturales, en

---

(1) Soy contrario en absoluto a esta opinión. No es posible negar la influencia del opio en la determinación de la homosexualidad en el hombre, mientras que tampoco son abundantes los casos de mujeres opiómanas homosexuales. La mujer china es fría por naturaleza, y su erotismo, lejos de ser estimulado por el opio, resulta considerablemente atenuado. Por otra parte, la mujer se adapta muy mal al uso de la droga, y apenas se pueden encontrar más opiómanas que las prostitutas y algunas damas de la aristocracia que fuman por la misma razón que lo hacen nuestras civilizadas: por coquetería. Y en cuanto a ese supuesto trípode nosográfico, apenas si podemos conceder importancia a un sólo pie: la sífilis. No obstante, Annam y Tonkín, mejor dicho, toda la índo China, está infestada de sifilíticos, pero más bien en las razas del litoral que en las del interior, lo que también ocurre en China y que es uno de los aspectos más lamentables de la influencia europea. El homosexualismo de la mujer es intolerable para casi todos los pueblos asiáticos, y en China precisamente no hace mucho tiempo se aplicaba la pena de la argolla o de los azotes a las mujeres homosexuales de baja condición social, mientras que en las clases acomodadas, que es donde precisamente fuman opio las mujeres, los casos que se observan no están francamente determinados por la perversión del impuso sexual, sino que equivalen a la solución más lícita que puede encontrar una mujer cuando su marido, opiómano, es impotente, y ella es tan honesta que satisface sus deseos sin el peligro de darle a su esposo un hijo ilegítimo. (M. de Lucenay).

lo que a la experimentación del orgasmo respecta: por lo general, la imaginación crea imágenes que van unidas a la intimidad efectiva con el amante, pero aunque la capacidad erótica parezca excesiva, la función muscular queda notablemente atenuada después del primer orgasmo. En los fumadores acostumbrados al humo de treinta a cuarenta pipas, ocho o diez son suficientes para lograr la excitación sexual y conseguir el orgasmo, siempre que esas excitaciones psíquicas puedan completarse con la colaboración del amante real. Esto ocurre en los individuos que sean impotentes fuera del estado eufórico producido por la droga. Ahora bien, si, al cabo de esas treinta o cuarenta pipas, el opiómano fuese por completo consciente de sus actos, en el momento en que aleje de la imaginación la posibilidad de los efectos de la droga, quedando sólo a merced de los recursos naturales, por muy enamorado que esté de su amante, y por mucho que éste haga para excitarle, el opiómano se mostrará impotente en absoluto.

En estas condiciones es cuando suelen tener lugar los actos sádicos más atroces por parte de los viciosos habituados al uso de la droga, aunque también se observa en los principiantes.

El mecanismo psicológico es el mismo que determina la algolagnia en general; en cambio, en las mujeres fumadoras de opio, en se presenta la algolagnia pasiva, o sea el masoquismo, lo que, a mi juicio, sólo puede explicarse por la razón de que la embriaguez produce también otras voluptuosidades independientes de la esfera erótica, a más de que el tóxico llega a producir cierta insensibilidad general que no permite notar los efectos excitantes de los traumatismos físicos ni morales.

Acerca de la algolagnia activa del opiómano, sería fácil citar casos abundantísimos. Antes de la intervención europea en los negocios de China, era muy frecuente que los mandarines que tenían autoridad para imponer y ejecutar la pena de muerte, presenciasen la ejecución de los reos durante la embriaguez producida por el opio. En un relato que leía hace algún tiempo acerca de las revoluciones en China, se decía que un general gustaba de ver torturar a los prisioneros mientras se fumaba unas pipas de opio.

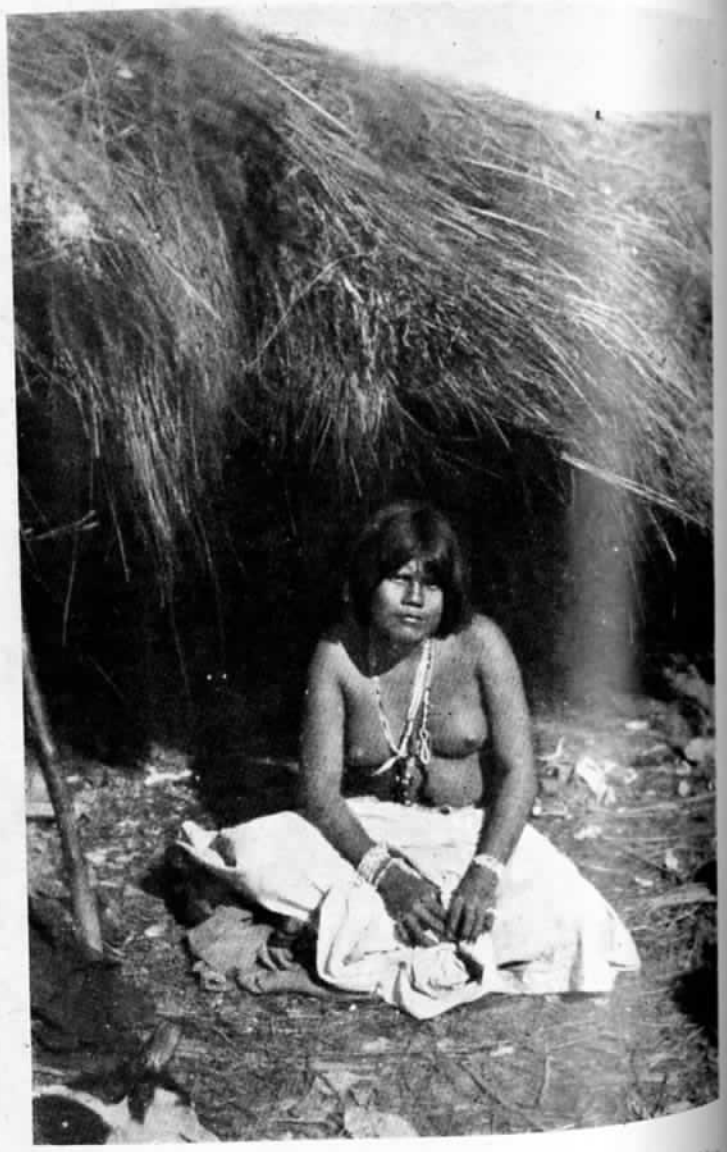
Un novelista francés, Boissiere, en su novela "Sueño", habla de un escritor que había llegado al último extremo de degeneración producida por la droga; pero que, a pesar de sus numerosas pipas no encontraba todos los placeres que quería su imaginación. Encontrándose en este estado en unión de su amante, llegaron a su



OPIOMANÍA Y SADISMO

Uno de los efectos eróticos del opio, es el sadismo. Esta perversión es muy frecuente entre las damas de la aristocracia china, que fuman la droga por esnobismo.

LAMINA I



LOS AFRODISÍACOS

Las indígenas de Bolivia que no tienen hijos administran a sus maridos pociones afrodisíacas a base de cantáridas, con el fin de excitarles el impulso sexual en beneficio de la procreación.

LÁMINA II

tudio unos cómicos con el fin de representar para él una de las mejores obras del repertorio, lo que tampoco le distrae. Entonces llama a sus criados, y, en un acceso de delirio sádico, hace que asesinen a los desdichados actores, en cuyo momento posee a su favorita. A continuación, como todavía los goces no sean suficientemente intensos, asesina a su amante, y en el horrible y sangriento espectáculo de tantas víctimas es donde, al fin, encuentra los deleites que no había podido proporcionarle el opio.

Entre las elegantes damas asiáticas fumadoras de opio es muy frecuente infligir castigos corporales a la servidumbre, sin duda, obedeciendo a un impulso algolágnico. No obstante, es costumbre que las servidoras distinguidas, como amas de llaves, institutrices, costureras, etc., acompañen a sus señoras en las sesiones de fumería que, por lo general, suelen tener lugar al caer la tarde, pero sin que esto sea obstáculo para que, en un momento dado, la noble dama tenga la ocurrencia de dejar la pipa y empuñar el látigo para castigar a golpes la falta más leve. (Lámina I.)

La algolagnia, en todas sus formas, se presenta, por lo común, en los individuos hastiados de placeres, en los cerebrales, en los que las excitaciones normales no producen efectos completos, en virtud de la atrofia, por decirlo así, de la sensibilidad física y moral. Por esta razón, siendo el opio un poderoso anestésico, se explica perfectamente la perversión algolágnica como todas aquellas que tiendan a excitar artificialmente los impulsos adormecidos.

Si del opio pasamos al "hatchís" o cáñamo indio, del que tanto consumo se hace en todo el Sur de Asia y Egipto, nos encontramos con fenómenos parecidos. Los fumadores de esta droga, y especialmente los que la comen mezclada con belladona, experimentan fuertes deseos genésicos y erecciones muy duraderas. Algunas mujeres de temperamento ardiente, como son las egipcias y las árabes, hacen que sus maridos fumen o ingieran algunas dosis de la droga para aprovecharse de los efectos del veneno. En los harenes turcos era muy frecuente, antes de la reforma kemalista, que los señores se reuniesen a fumar "hatchís" o "kiff" antes de ir a visitar a sus favoritas.

En el barrio nubio de El Cairo existen fumaderos de hatchís que están próximos a los prostíbulos, cuyas mujeres menos solicitadas, por su edad o la falta de encantos, suelen entregarse "desinteresadamente" a los hatchichinos que solicitan sus favores.

Los indígenas de Marruecos, que por lo general fuman el kiff,

que se prepara en Egipto con tabaco y hatchís, hacen un empleo muy moderado de la droga, porque no ignoran sus efectos al cabo de algún tiempo de practicar el hábito. Quienes más lo usan son los ancianos, pero nunca hasta el extremo de embriagarse, como lo hacen el egipcio, el persa o el indio. Es tanto el poder anafrodisíaco que tiene la droga, y tan violentas y falsas sus excitaciones, que si no lo fuman con más frecuencia es porque creen que la frigidez que origina continúa hasta la otra vida, en la que ningún buen musulmán quiere entrar si no se encuentra en las mejores condiciones, ya que no hay uno que no se crea con derecho a disfrutar los placeres que en el paraíso han de ofrecerles las encantadoras huríes del Profeta.

Por último, vamos a transcribir lo que el ilustre sabio español doctor Juarros dice acerca de la morfinomanía y los morfinómanos en su notable libro de divulgaciones psiquiátricas "Los senderos de la locura", y que es el resumen más completo que puede hacerse de todas las toxicomanías, aunque principalmente se refiera al primer alcaloide del opio:

"La fantasía, el afán de encontrar nuevos filones literarios, la sugestión del lugar común, ahorrador de esfuerzos mentales, acuñaron y lanzaron a la circulación la mentira, punzante y dañina, de que el hábito de la morfina representa un placer exquisito, deparado, en cuyos brazos llegan a conocerse y saborearse sensaciones de sobrehumano esteticismo y refinada voluptuosidad.

"¡Colosal embuste!

"El morfinómano es un esclavo. Se inyecta, no en persecución de un goce, sino buscando calmar sufrimientos lancinantes. Al faltarle el estímulo del veneno, siéntese sin vida, lleno de angustia, de desánimo. ¡Tortura infinita! Por aplacarle, ante nada retrocede: vergüenza, deshonor y humillaciones. Tormento despiadado, repetido una y otra vez en el día.

"Abrumadora esclavitud.

"¿Y cuando el tóxico tiende los doseles escarlata de la embriaguez? Pues ocurre lo que con las borracheras todas. La droga no pone nada, no aporta nada. Lo esencial es el individuo, su personalidad, su calidad psicológica.

"Bebiendo alcohol no se convierte el bruto en ingenioso, ni el cobarde en valiente, ni el grosero en espiritual. El bruto ebrio tendrá borrachera de zafio y torpe; el cobarde, de miedoso y pusilánime; el grosero, de patán y desatento.

"La morfina, el alcohol, el éter, la cocaína, los tóxicos todos, no

hacen sino quebrar los lazos puestos por la educación al instinto, desmoronan los diques que levantaran las conveniencias sociales, dejando sin trabas la personalidad innata.

"La morfina no sabe de magias. Redúcese a poner al descubierto el verdadero modo de ser de quien la toma, con cuya virtud más veces perjudica que favorece al prestigio de sus frecuentadores.

"Y ya que de placeres de la morfina hablamos, bueno será traer a colación su acción anafrodisíaca, tan segura e implacable como intensa.

"Ignoran esto los que asocian las ideas sensualidad y morfina. ¿Cómo exaltarla, dándola beligerancia de avivadora de voces, si aleja del que es cumbre y base de todos ellos?

"¡Y pensar que centenares de ilusos acudieron a remar en las galeras del terrible vicio empujados por el afán de encontrar manantiales de lubricidad desconocidos por los demás mortales! No es la morfina espuela, sino brida. No ilumina, ciega.

"Acosados por la necesidad de embotar una inquietud honda, visceral, inflexiblemente reproducida, aumentan la cantidad del tóxico, comprometiendo la integridad de las funciones todas, entorpeciendo la inteligencia, bordeando o cayendo en el descrédito social. Impotentes, enfermos, entontecidos, sin noción de los deberes y derechos; he aquí el período final de los morfinómanos, no salvados a tiempo por una acción médica afortunada."

Y agrega:

"El morfinómano por empleo medicamentoso invita a la comprensión; a la piedad, el toxicómano; a la risa y la befa, el que empezó a inyectarse por snobismo.

"Abundan los hombres y las mujeres que se inyectan pensando conquistar un marchamo de distinción, de decadentismo, de sutilización espiritual. ¿Los paraísos artificiales? No existen, lector amigo. Son estercoleros, donde entran en putrefacción las más espléndidas posibilidades de sano placer. Antes aprendiste que la morfina disminuye el vigor sexual, hasta reducirlo a la nada, a una impotencia vergonzosa, por ser expiación. Ahora dígote que la inteligencia hácese torpe, que la moral se empaña, que las fuerzas se pierden.

"¿Cómo hablar de paraísos artificiales? De los centenares de morfinómanos a que, por razones de especialidad, llevo tratados, ni uno sólo conoció esas teóricas delicias. Pero todos royeron las amanguras, los bochornos del disparatado vicio."

Este es el terrible balance de las toxicomanías, tan contrario a las magníficas leyendas que se relatan por los imbéciles indocumentados a los que guía, casi siempre, un morboso afán de hacer prosélitos. No merecen la pena unos días o unos meses de exaltación de las fuerzas naturales, para llegar después a la triste y trágica situación de la impotencia irremediable.

La infame leyenda de los estupefacientes fomentada por escritores más o menos prestigiosos, pero ignorantes, cuando no sin conciencia, es preciso destruirla por medio de una labor divulgadora de la verdad escueta de tan terribles hábitos, que, como vemos, no sólo afectan a la esfera erótica, sino que abarcan a todo el organismo por entero, trascienden a la familia y se extienden a la sociedad toda.

Ninguna de las drogas eufóricas de que hemos hablado en el presente volumen, que en este punto es continuación del anterior, posee virtudes afrodisíacas verdaderas y permanentes. Todavía, si así fuera, en un descarado alarde de cínica inmoralidad, sería posible ensalzar sus efectos e incluso hacerlas recomendables. Pero es que ni ese recurso cabe; todos esos eufóricos que, manejados por un médico, se traducen en magníficos resultados para la salud y el equilibrio de la raza, terminan por convertirse en venenos lentos y mortales cuando, saliendo de los límites austeros de la ciencia, invaden los cenagales repugnantes del vicio. Si fuera posible hacer lo que hacían los chinos en su lucha contra el opio, es decir, mostrar al público el triste espectáculo de los envenenados, es fácil que se lograse bastante más que con todas las campañas de Policía sanitaria que hacen los civilizados.

LA DECADENCIA DEL VIGOR SEXUAL

Las influencias externas.—Los primeros síntomas.—Anafrodisia en la mujer.—Seis razones femeninas.—No hay anafrodisia congénita. Relación del masoquismo con la anafrodisia. La educación.—Cómo debe tratarse a las mujeres.—La anormalidad femenina.—La rebeldía del hombre y la resignación de la mujer. Causas de anafrodisia.—La sugestión como afrodisíaco.—La psicoterapia.—Lo que no hacen los salvajes.

En los volúmenes IX y XXVII hemos estudiado con el mayor detalle posible en una obra de esta naturaleza, todo cuanto se refiere a la impotencia sexual y a la pérdida del vigor necesario a las funciones reproductoras de la especie. Se ha visto cuáles son las causas y cómo pueden aplicarse los remedios sin salirse para nada del margen que señala la ciencia para no caer en abismos llenos de todos los peligros. Y todavía, más que la ciencia, es la propia Naturaleza quien ofrece en sus medios múltiples recursos curativos, ya que la función sexual ha de considerarse siempre como la más legítima y fundamental de todos los seres vivos de la Creación.

La decadencia del vigor sexual se inicia, normalmente, cuando el sér «ha vivido» lo suficiente, cuando deja de ser apto para las funciones reproductoras de otros individuos sanos, vigorosos y útiles. Este límite puesto tan sabiamente por la Naturaleza, no abarca por igual a todas las razas ni aun a los dos sexos, pero ello no depende de razones que pudiéramos llamar naturales, sino que, por lo general, tiene su punto de partida en las condiciones de vida más o menos artificiales que han deformado los principios sobre que naturalmente debieran asentarse las actividades humanas.

La conservación de las energías reproductoras depende de factores múltiples y diversos. En primer lugar, casi huelga decirlo, la práctica de las facultades sexuales, según el uso que de ellas se

haya hecho, es lo que generalmente da la clave de la impotencia, del equilibrio o de la exaltación genital en las diferentes edades del sér humano. A partir de este dato, influyen factores tan varios, que resultaría punto menos que imposible hacer su enumeración, a no ser que nos limitásemos exclusivamente al estudio de un pueblo, de una familia, y, aún más concretamente, de un solo individuo.

Influyen la raza, la herencia, las condiciones sociales, las de vida, las higiénicas, el temperamento, el frío, el calor, el clima, la alimentación, el trabajo, los vicios, las virtudes, la cultura, los hábitos... Y así nos estaríamos páginas y más páginas señalando detalles particulares sin acabar nunca de enumerarlos completamente.

Fuera de las condiciones que forzosamente hemos de considerar normales en la producción de los fenómenos de la impotencia senil, la decadencia de las energías sexuales puede presentarse en muchos casos de una manera prematura que empieza por la frigidez y acaba por la falta de actividad muscular, que es lo que constituye la impotencia. Cuando se inicia y se desarrolla en estas condiciones, como quiera que el factor psíquico no produce estímulos sobre los centros nerviosos, resulta que el individuo sigue viviendo feliz y sin que para nada le preocupe su estado, que a todas luces ha de considerarse natural. Estas personas no tienen necesidades sexuales, y aunque el erotismo exista, por lo general se manifiesta en otras manifestaciones de la esfera de la afectividad, de la intelectualidad, de la religión, etc. Son los naturalmente castos, los verdaderamente estériles, los que pasan por la vida dejándose llevar de la corriente sin vicios y sin virtudes, si es que éstas han de depender de la voluntad.

Esta verdadera anestesia sexual o «ceguera erótica», como la llamó el sexólogo italiano Nardelli, se observa en las mujeres con muchísima mayor frecuencia que en los hombres, cuyos casos rarísimos no han ocupado la atención de los clínicos, a no ser que resulten consecuencia de otras causas morbosas.

La «anafrodisia» de la mujer se observa más en las razas civilizadas que en las salvajes; Campbell afirmó hace algunos años que «el instinto sexual en la mujer civilizada tiende a atrofiarse». Hasta cierto punto no cabe duda que en las sociedades contemporáneas se observa algo de esto; pero si hemos de ser sinceros, esa anestesia parece relacionarse casi exclusivamente con el instinto

sexual normal y no con el impulso erótico en general. No es que a la mujer le falte vigor ni que sea completamente frígida: lo que ocurre es que a medida que las excitaciones en que es tan rica la civilización, tienden a refinarse, como esto es también consecuencia de un proceso intelectual, no cabe duda que el amor sexual se sale del área de la naturalidad para desenvolverse casi por entero en el terreno artificioso de los convencionalismos sociales y económicos. Como ya hemos dicho muchas veces, la mujer no huye del hombre; al contrario, cada día que pasa tiende a rodearse de nuevos elementos de excitación para atraerle. Pero esta actividad, a veces impulsiva, está frenada por el intelecto temeroso de las consecuencias probables de una actitud biológica normal.

Salvo casos excepcionales, la anafrodisia de la mujer no ha sido en todo tiempo más que el resultado de las influencias artificiosas de la vida. Una señora le decía a un tratadista lo siguiente: «Yo creo que la frialdad de las mujeres ha sido grandemente exagerada. La mujer ideal teóricamente, para los hombres (aunque en la práctica no se cuiden mucho de ello), es la mujer sin pasión, y las mujeres tienen miedo de reconocer que sienten deseos por el placer sexual. Rousseau, que no era muy riguroso, excusa la conducta de la señora Warens, alegando que no era el resultado de una pasión, una agravación más bien que una atenuación de la falta, si la sociedad la apreciara desde el punto de vista de cualquier otra falta. Aun en las novelas modernas escritas por la «mujer nueva», el deseo de la maternidad, siempre honorable, está presentado para velar el mal llamado deseo «inferior». Que algunas mujeres tengan pasiones muy fuertes y que sufran mucho para reprimirlas, estoy segura de que no será reconocido ni aun por las mismas mujeres. Al lado del «ideal sin pasión» que se opone a su sinceridad, hay muchas otras causas que sirven para disfrazar los sentimientos de una mujer a sí misma, y hacen que parezca más fría de lo que es realmente. Las principales son:

1.ª Una enfermedad no reconocida de los órganos de la reproducción especialmente después del nacimiento del primer hijo. Una amiga mía se lamentaba de su incapacidad para sentir placer, aunque lo había sentido antes del nacimeinto de su hijo, que entonces tenía tres años. Con gran trabajo la convencí para que se dejase ver por un médico, que la dijo que sus órganos de reproducción estaban gravemente congestionados; de modo que durante tres

años había vivido en la ignorancia, con perjuicio para su marido y para ella misma.

2.ª El temor de volver a empezar, después de haberlos sufrido todos los dolores y molestias del parto.

3.ª Aun cuando se toman precauciones, se sufren muchos disgustos y ansiedades que producen un efecto depresivo.

4.ª El hecho de que los hombres nunca se toman el trabajo de averiguar lo que especialmente excita a una mujer. Una mujer generalmente, trata de conocer los pequeños detalles que afectan particularmente al hombre que ama—una frase, una flor en la cabeza o cualquier otra cosa—y se aprovecha de su conocimiento. ¿Pero conoce usted a algún hombre que quiera tomarse este trabajo? (Es difícil de especificar, porque lo que agrada a una persona puede desagradar a otra. Las cosas que personalmente me afectan son las siguientes: *a*) La admiración por la capacidad mental de un hombre, que se traduce algunas veces en excitación física directa. *b*) Los perfumes de flores blancas, como la tuberosa y el jazmín. *c*) La vista de mariposas de colores. *d*) La idea o la realización de la suspensión. *e*) En ocasiones, la pasividad absoluta de sus maridos cuando ellas no los experimentan. Esto es como tomar dulces cuando no le apetecen a uno, y produce un efecto parecido. Es una equivocación grande, en mi concepto, el hacerlo así, excepto muy raramente. Un hombre, aunque quizás se incline por el momento, preferirá, creo yo, disfrutar él pocas veces y la mujer disfruta también, a disfrutar muchas veces cuando ella no goce.

6.ª La tendencia masoquista de las mujeres, o el deseo de sujeción respecto del hombre a quien aman. Yo creo que ningún punto de la cuestión está peor comprendido que éste. Casi todos los hombres imaginan que para conseguir el amor y el respeto de una mujer debe dejarla que haga su propia voluntad en las cosas pequeñas, y obligarla a la obediencia en las grandes. Y aquel que desee triunfar con una mujer debe hacer precisamente todo lo contrario».

Estas razones tienen mucha importancia para el estudio de la anafrodisia femenina, particularmente por haber sido emitidas por una mujer inteligente y acaso muy experimentada. No obstante no se refieren en absoluto a la frigidez natural, es decir, a la ausencia del sentido sexual o a la ceguera erótica, aunque no cabe

duda que es un fenómeno mucho más complejo que la ceguera de la vista o la falta del tacto, y que su presencia no es tan fácil de asegurar.

No cabe duda alguna de que el lado psíquico del amor es mucho más visible en la mujer que en el hombre, que a la vez necesita de los factores físicos en los casos absolutamente normales, a no ser que se trate de un hiperestésico, de un erotómano cerebral. No obstante, la mujer puede estar afectada físicamente en los órganos, como dice la referida señora en su razón primera, en cuyo caso nos encontramos con la impotencia sexual típica, tanto como lo sea a consecuencia del vaginismo o de cualquiera otra anomalía orgánica. La amenorrea absoluta trae como consecuencia la incapacidad para experimentar las emociones eróticas, por muy acentuada que sea la predisposición psíquica. Pero, esto no obstante, tal trastorno resulta cuando la frigidez o la insensibilidad, mejor dicho, se extiende a otras regiones del sistema genital, como por ejemplo, la atrofia del clítoris o de la vagina. Pero yo creo que si se comprueba que las excitaciones ejercidas sobre esos puntos son ineficaces, es posible encontrar otras zonas erógenas que ganan en sensibilidad lo que las otras han perdido. Conozco el caso de una amenorreica que se masturbaba con solo ejercer repetidas y violentas presiones en los pechos. A pesar de todo, los casos son excepcionales, a no ser que se trate de mujeres más o menos neuróticas.

Respecto de las razones segunda y tercera, tampoco puede decirse que sea la frigidez absoluta, sino que ya hay un elemento que se sobrepone al anhelo de esas emociones, transformándolo en una predisposición negativa. Pero estas razones son bastante débiles, y si se llega a la anafrodisia en su virtud, cabe decir que los motivos son verdaderamente ridículos e insignificantes en comparación con el volumen de tal estado. Con los adelantos de la moderna técnica contraconceptiva, no es posible admitir tal teoría, sobre todo si la emite una mujer inteligente.

La cuarta razón es de una lógica abrumadora. Ya hemos hablado en otros volúmenes con la extensión debida de la responsabilidad de muchos maridos en la anafrodisia de sus esposas, y, sobre todo, del desequilibrio conyugal, que casi siempre se afirma en las bases sólidas de la erótica. Ahora bien, ¿puede decirse que, en realidad, esta falta de inteligencia del marido ocasione la anafrodisia en la mujer? En manera alguna: la frigidez puede ma-

hombre, ello ocurre cuando la educación de ambos, especialmente la de ella, se traduce en un refinamiento de las emociones sexuales. No queremos decir con esto que precisamente las mujeres educadas hayan de ser masoquistas; pero sí es cierto que una mujer refinada, ya sea en la educación general o sexual—que no puede negarse en las prostitutas—, soporta mejor el sadismo del hombre, si no estimulándole, al menos no excitándole tampoco. Esto es lo que pudiéramos llamar masoquismo consciente. El inconsciente o instintivo está en la actitud de la mujer ineducada y grosera, que responde a las caricias un poco violentas de su amante con una palabra gruesa, con un insulto grave, con un gesto desabrido. Entonces, si él es sádico, replicará a la actitud de ella con una brutalidad; vuelve la víctima a replicar de nuevo, y así sucesivamente, hasta llegar a los actos más graves, si antes no ha habido un epílogo más grato.

El mecanismo psicológico del sadismo de un hombre educado con una mujer de mentalidad distinta, es bien sencillo: el hombre, al infligirla el dolor que motivó en ella la protesta airada, la palabrota, el insulto o la grosería, no tuvo ni la más remota intención de causarle daño, sino, precisamente, todo lo contrario. Y en lo que él pone todo su amor, aquello que considera para su pasión como un homenaje, es recibido como una ofensa, es decir, como todo lo contrario. Por esto la reacción es tan brusca como el contraste.

He aquí un fenómeno contradictorio: la mujer culta que por delicadeza no se pone al mismo nivel de violencia que el hombre, puede decirse, vulgarizando la expresión, que «está harta» de que se la trate siempre con mimos, con gestos delicados, como si por todos los medios se obstinase el amante en no conceder importancia a su personalidad (1). Pero esta saciedad es subconsciente; en su mentalidad externa anhela los mimos y los halagos, los homenajes todos a su delicadeza, a su gracia, a su infantilidad, en una

(1) El masoquismo es una perversión sexual muy frecuente en los hombres que están acostumbrados a mandar, a imponer su voluntad. Al hablar del sadomasoquismo, hemos citado el caso de un aristócrata que se complacía en ser humillado por sus criados. También hemos sabido del caso de un general que iba en unión de su asistente a un prostíbulo, y mientras este permanecía con una mujer, el general limpiaba los zapatos del asistente y de las prostitutas y realizaba otros trabajos indignos de su elevada posición. Las mujeres más autoritarias, son las que se someten a las prácticas masoquistas más denigrantes.

palabra. Pero por dentro, por lo que está debajo de la epidermis, es mujer hecha o se considera así, es otra segunda naturaleza; es el otro *yo* instintivo que se lleva en el alma.

En cambio, la mujer de escasa educación, la de las capas sociales más bajas e incultas, se manifiesta de una manera diametralmente opuesta a la anterior. Por lo general, en su vida diaria ha vivido humillada, dependiendo de un jefe, de un ama, de seres de categoría social superior a ella. Sus condiciones de vida han sido más duras, y el instinto ha prevalecido, dentro de lo que es posible en las normas sociales, por encima de los convencionalismos; es decir, en una palabra, que ha faltado el freno que a las pasiones y a los impulsos primitivos pone la educación.

En este tipo de mujer es donde las caricias, los homenajes y los refinamientos de todo género desempeñan un papel importantísimo en la esfera de su conciencia; no siente, como la otra, el deseo de ser humillada, porque «no está harta» de esas atenciones, sino de todo lo contrario. Por tan poderosa razón, lo que en virtud de su carácter de fenómeno antropológico tiene que serle agradable «instintivamente», la desagrada en lo externo, porque la recuerda, hasta cierto punto, su dependencia pasada, y ante ello se subleva con todas las energías de que es capaz su concepto del papel social que, por lo menos su marido o su amante, debe considerar y apreciar en todo lo que en el criterio de ella significa.

El fenómeno es muy complejo. Se dice, y no sin razón, que para triunfar entre las mujeres hay que tratar a la honesta como si no lo fuera, y la que no lo es, como si lo fuera. Sustituyendo la honestidad por la educación, nos encontramos con los mismos resultados.

Por lo tanto, no siguiendo esta táctica, en términos generales, el hombre corre el riesgo de provocar en su esposa un estado de anafrodisia muy peligroso para el equilibrio conyugal, si ella ya estaba iniciada o su temperamento no transige con la abstinencia, o, por el contrario, no hacerla experimentar los deleites soñados al amparo del amor espiritual.

En resumen, puede decirse que los estados de anafrodisia congénitos son rarísimos, y los casos que se han publicado no existen más que en la imaginación de algunos investigadores poco cuidadosos y sagaces, que no han sabido encontrar otra anormalidad que, en todo caso, suele ser la justificación de tales trastornos. Casi todos los autores de más prestigio niegan en absoluto la ana-

frodisia de la mujer, siempre que se trate de sujetos normales y bien constituídos. Ahora bien, ¿puede decirse que existan muchas mujeres que sean absolutamente normales? Si tenemos en cuenta que cualquier trastorno, una enfermedad, un estado nervioso, etcétera, son agentes sobrados para afectar el sistema genital de la mujer, entorpecer sus funciones y hasta impedirlas por completo; y, además, si sabemos que existen numerosísimas mujeres que no son conscientes de sus necesidades sexuales y que hay muchísimas más que son capaces de reprimir sus impulsos en virtud de consideraciones que son completamente artificiales, pero que llegan a tomar en su psiquismo un estado natural, ¿puede decirse que sea fácil el diagnóstico de la anafrodisia por el hecho de que resulten repugnantes y hasta odiosos los actos sexuales?

Este es el gran problema que la mujer plantea no sólo al clínico, sino a la sociedad entera. No se trata, como se ve, de la impotencia que puede afectar al hombre; una mujer completamente frígida, y para quien de nada sirvan las más vigorosas excitaciones, puede ser muy feliz en su matrimonio, muy amante de su marido, siempre dispuesta a satisfacerle el menor capricho, muy fecunda además, teniendo buenos embarazos, magníficos partos, etcétera, pero jamás habrá experimentado deseos sexuales, y acaso sea éste el único aspecto de la vida que no tenga la menor curiosidad en conocer. Y no obstante, vive dichosa, no necesita nada, y si se la dice que en virtud de un tratamiento cualquiera va a quedar en condiciones de experimentar deleites supremos, probablemente rehusará la proposición creyendo que todos esos placeres no merecen la molestia mínima de la consulta al médico.

Y si esto no la interesa a ella, ¿quién va a sentirse más papista que el Papa? Claro es que ciertos hombres nada egoístas y profundamente enamorados no transigen por estos estados anómalos, porque su amor no está precisamente en lo que reciben, sino en lo que le dan. Y a pesar de todo, es posible, sin que ella se entere, curar su ceguera erótica y hacerla ver el maravilloso espectáculo del amor entero, con sus emociones de placer, de dolor y de angustia.

Pero estos casos no preocupan, por lo general, a muchos hombres; el mismo clínico no atiende a su curación, porque tampoco se le consulta: ¿para qué, si estas mujeres no son desgraciadas con su ceguera? ¿Qué interés puede tener el ciego de nacimiento en ver la luz si vive dichoso en la luz maravillosa de sus tinieblas?...

Otros son los casos de anafrodisia verdaderamente graves, tan graves y terribles como la ceguera de aquel a quien en la flor de la vida sacaron los ojos. Y esta ceguera sí que no tiene remedio.

Ahora bien, la frigidez en estas condiciones, si no es completamente remediable, tampoco resulta una carga grave ni una desdicha que no pueda soportarse, al menos en la mujer. Ninguna mujer se ha suicidado por ser frígida o impotente, pero muchos hombres pusieron fin a su existencia estéril ante la tragedia de la muerte de su sexualidad. En la mujer hay muchos polos de la afectividad que sirven de magníficos conductores por desviación de los impulsos eróticos; el hombre, en cambio, no tiene más resortes que los del aparato genital.

Durante su vida sexual activa, una mujer normal ha eliminado constantemente sus energías eróticas, y llega al final del gran ciclo paulatinamente, insensiblemente. El amor de amigo a su marido, a un hijo, a un animal doméstico, o a un santo, sustituye en la menopausia—que llega antes que la anulación de la energía sexual—a los antiguos impulsos eróticos. Su sexualidad ha sido menos violenta e impulsiva que la del hombre, y su decadencia es también más dulce, menos estridente, más soportable. La mujer atrás en absoluto—seguimos hablando de los casos normales—el cerebro del sexo. Toda su actividad afectiva se centra en el espíritu, y termina feliz su vida con una sonrisa de paz y de amor en los labios.

Esto no le ocurre al hombre. El macho no se resigna nunca, en su magnífica soberbia, a la muerte prematura de su potencialidad creadora. Tal acontecimiento, que en la mujer es un hecho poco más que sin importancia, en el hombre produce efectos opuestos. Sobre la mujer no pesan esos prejuicios estúpidos y contradictorios que conserva la sociedad; una mujer frígida no llama la atención de nadie, porque, en primer lugar, no hay ni el menor detalle que pueda revelar su estado. Pero el hombre impotente ha perdido la virilidad y la masculinidad y hasta la dignidad también, cuando no se quiere que su impotencia equivalga a la intersexualidad.

A todas estas razones externas, que en su conciencia crean una segunda naturaleza, hay que agregar el hecho de que, por regla general, la parte psíquica de la sexualidad se muestra mucho más activa cuando los órganos físicos se encierran en su brutal indiferencia.

Entonces el hombre recurre a todo : a todo antes que continuar reducido a la más completa impotencia o a la más vergonzosa debilidad. El médico, las drogas, el charlatanismo, los curanderos... En todo ansía encontrar una solución, pero si no la halla recurre a las prácticas perversas, al sadismo, a la escatofagia y al crimen. Si pasamos revista a todos los pervertidos sexuales que huyen de la mujer, veremos que lo hacen porque ya agotaron cuanto la mujer podía proporcionarles.

El impotente o el débil sexual que nunca abusaron de los placeres del amor y que siempre permanecieron dentro de los límites justos, cuando ven mermadas o anuladas sus energías, comprueban que la causa está en trastornos de otra índole : el excesivo trabajo intelectual, el abuso del tabaco, del café, del alcohol o de las drogas heroicas. Entonces, después de la prescripción del médico, el gran remedio natural está en la fuerza de voluntad encaminada a dominar los hábitos o a moderar las costumbres. Con la fe, que es la gran medicina espiritual, se han curado hasta enfermedades que matan y se han conjurado peligros de una gravedad aterradora e inminente. Pero el que sucumbe a las pasiones, a los vicios y a los placeres, es, más pronto o más tarde, un candidato al suicidio del sexo.

El aspecto más nocivo en los casos de prematura decadencia del vigor sexual, no es el hecho en sí, sino la sugestión, que siempre tiende a agravar el mal, que, por otra parte, casi siempre es el síntoma de otros trastornos. La incultura que en muchos países existe acerca de las cuestiones sexuales, induce a creer que los estados de debilidad sexual o de impotencia son debidos, única y exclusivamente a cualquier abuso cometido en el propio terreno. Para el autoexamen de estos trastornos, es precisa la mayor serenidad, el acopio de todas las energías volitivas para sugestionarse con la convicción de que el hecho no tiene importancia y que no es más que un accidente pasajero, o, por lo menos, fácilmente curable. Esta autopsicoterapia produce los mejores resultados entre los hombres cultos.

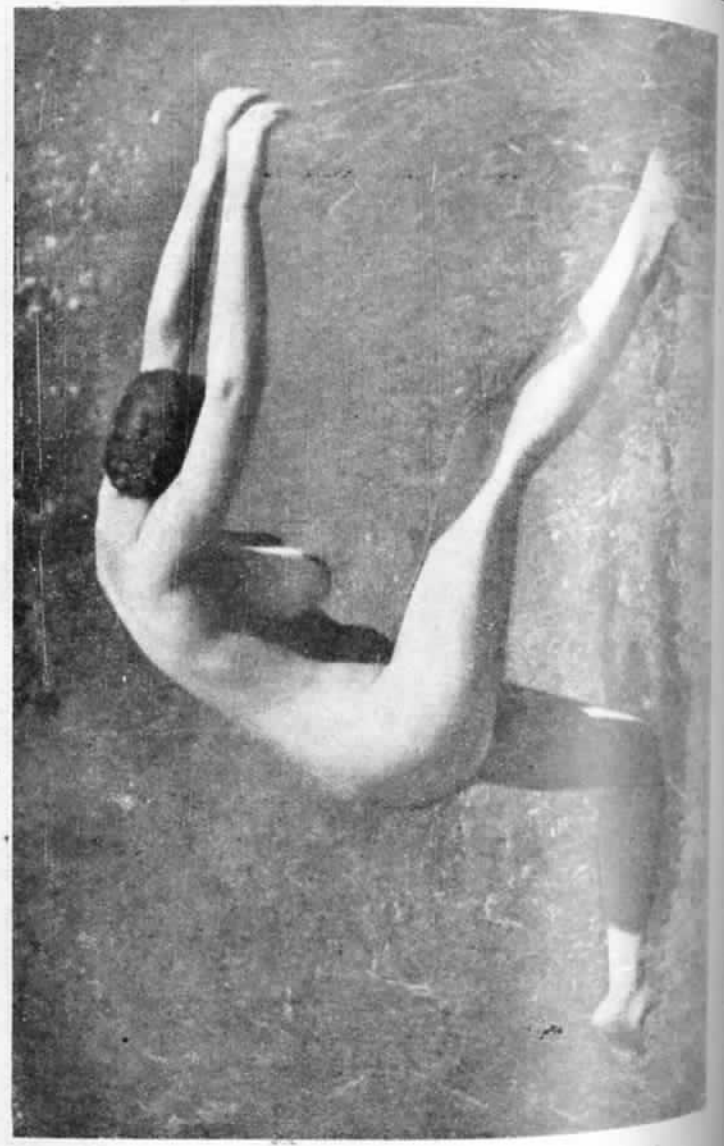
Hace algún tiempo recibí la carta de un joven de treinta años que me decía que ya llevaba más de un mes sin sentir excitaciones sexuales, después de haber vivido con una mujer cerca de un año, durante cuyo tiempo practicó casi a diario el acto sexual normal y alguna que otra fantasía nada grave. Me hacía toda la historia de sus amores y hasta relataba antecedentes de familia, y, como par-



LA GIMNASIA COMO AFRODISÍACO

Este ejercicio, que debe practicarse al mismo tiempo que se toma un baño de sol, actúa sobre la sexualidad del hombre como un eficaz afrodisíaco por producir excitaciones mecánicas.

LAMINA III



LA ANAFRODISIA EN LA MUJER

El doctor Boller recomienda muy particularmente este ejercicio gimnástico para estimular el impulso sexual en las mujeres, el cual debe practicarse a la vez que los baños de sol.

LAMINA IV

te más interesante, aseguraba que estaba enamorado de su amante, que a la sazón pasaba una temporada en casa de sus padres, muy lejos de él. El motivo principal de la consulta, y que es lo que le había alarmado, era que estando una noche de juerga «a la fuerza», pues le habían llevado los amigos contra su voluntad, cedió a los cánticos de una sirena de cabaret, y cuando pretendió la máxima intimidad se halló sin fuerzas para consumar el acto, ya que no logró ni la más mínima erección. Asustado por lo que aquel síntoma pudiera representar en su vida, intentó con otra mujer, y las cosas sucedieron como con la anterior: «Quiero que me diga —escribía—si esto puede ser grave, porque me aterra pensar en que pudiera sucederme lo mismo con mi novia, que regresará dentro de veinte días.»

Le recomendé que fuera a ver a un especialista amigo mío, residente en la misma población, el cual me escribió diciéndome que creía se trataba de un desgaste muy acentuado, en virtud de la vida desarreglada que había llevado nuestro consultante. Me extrañó sobremanera tal diagnóstico, y así se lo dije a mi amigo, remitiéndole de paso la carta que me escribió el joven. Y entonces se descubrió todo: había sido sincero conmigo, pero no con el médico, al que no refirió el detalle importantísimo de que «había vivido con su amante cerca de un año, practicando el acto sexual casi a diario". El médico, con buen ojo clínico, desconfió de las afirmaciones del joven, y seguro de que ocultaba la verdad, y falto de los importantísimos datos que yo poseía contenidos en la carta, en la que había sido absolutamente sincero el consultante, no tuvo inconveniente en emitir un dictamen completamente equivocado. Por último, coincidimos en garantizarle la curación de su trastorno, o cuando volviese a tener intimidad con su amante, o una vez que hubiera dejado de amarla con la sinceridad que lo hacía. Regresó la muchacha, y las cosas sucedieron como habíamos supuesto. Creo que de no haber insistido ambos en que el caso no tenía importancia, si llega a prevalecer el pesimismo de mi amigo, la impotencia hubiera sido casi segura. Por fortuna, el joven era un hombre inteligente, y la fe en nuestras afirmaciones acabó con el trastorno.

Entre los cincuenta y cinco y sesenta años, o antes aún, el hombre que ha vivido moderadamente se somete sin esfuerzo a las leyes de la Naturaleza. La parte física deja de funcionar como un

mecanismo naturalmente agotado, y las actividades psicoeróticas se anulan con la misma tranquilidad. De joven, cuando se está en pleno vigor viril, se piensa con pena en que aquello habrá desaparecido a los sesenta años : con pena y con horror también. Pero es estúpida la alarma, porque esa interrupción no se opera jamás de una manera brusca, y a medida que la edad avanza esas energías o anhelos eróticos van siendo sustituídos por otras emociones que acaban de dar salida a los últmos hálitos del impulso sexual.

La verdadera locura está en querer reactivar esa llama apagada que no dejó más que cenizas. Entonces es cuando, en virtud de la acción congestiva de las drogas llamadas afrodisíacas, se provoca una disposición adecuada del aparato genital, o bien se recurre a unos aparatos especiales que son como el andamiaje de un edificio en ruinas. Se han inventado los artificios más absurdos y grotescos para atender a las necesidades de los decadentes, que sin cesar demandan un remedio para lo irremediable.

El empleo de los aparatos ni es nocivo ni es eficaz tampoco. Por eso se acude a las drogas y estimulantes de toda naturaleza, que acaban por afectar al organismo todo, produciendo infinidad de desarreglos nerviosos, mentales y gástricos.

En estos casos es necesario acudir a la psicoterapia, y cuando no, al anafrodisíaco ; hay que sustituir la espuela por la brida, y, por lo general, realizar el tratamiento que tienda a restituir la normalidad a otros órganos en los cuales radica la verdadera causa de esa hiperexcitación sexual, que no tiene otro valor que el de un síntoma.

Este problema no se plantea, por lo general, más que a los hombres de los pueblos civilizados. El salvaje, el hombre primitivo, jamás llega a los estados de verdadera locura en que puede precipitarse el individuo de las sociedades modernas, en virtud de los estímulos externos y los refinamientos de su cultura, que constituyen la causa principal de los más graves trastornos sexuales. No obstante, como veremos en otro capítulo, cuando esos semisalvajes advierten alguna anomalía en sus funciones reproductoras, los remedios que emplean los aplican con moderación, desdeñando aquellos que por su naturaleza, aunque sean enérgicos, pueden producir trastornos graves e irremediables.

En todo tiempo y en los pueblos todos la raza humana ha procurado conservar sus facultades genésicas ; unos, guiados de las mejores intenciones en beneficio de la multiplicación de la especie, y otros, por el contrario, desdeñando los intereses supremos de la raza, han tendido a mantener sus disposiciones para los placeres sin más leyes que las del egoísmo y la propia conveniencia.

LOS ALIMENTOS Y LA HIGIENE

La gula y la lujuria.—El estómago y la sexualidad.—La alimentación carnívora.—Alimentos afrodisíacos.—Influencia de los mariscos.—Regímenes afrodisíacos.—Los débiles sexuales—Tratamiento racional de la anafrodisia.—La naturoterapia.—Evolución normal de las energías sexuales.—El amor y la anafrodisia de los ancianos.—Razones de la afectividad erótica.—La opinión del doctor Abard—La higiene.

Cuando la patata fué importada de América por los primeros descubridores o explotadores europeos, se dijo que este tubérculo tenía propiedades afrodisíacas. La sugestión fué tanta, que en Inglaterra se vendía este modesto vegetal en los establecimientos más lujosos y a precios elevadísimos. Entonces se organizaban juergas a base de guisos de patata, lo mismo que en nuestros días se utilizan los vinos y los mariscos.

Ya hemos hablado en otro volumen de las supuestas propiedades afrodisíacas de determinados vegetales y carnes que forman parte de los productos alimenticios del hombre, pero, por lo general, la fama no corresponde a sus efectos si los analizamos desde un punto de vista imparcial. No hay duda que determinados productos son ricos en fósforo, en hierro y otros agentes químicos que, ingeridos en abundancia, pueden obrar como estimulantes sexuales. Ahora bien, por lo general, son las cualidades nutritivas la causa de tales excitaciones, pero raramente se encuentran elementos especiales que ejerzan su acción sobre la esfera sexual.

Santo Tomás de Aquino decía que para conservarse en un perfecto estado de pureza era preciso usar con moderación alimentos tan simples como el pan y el agua. Y esto es natural. Una alimentación excesiva estimula otros apetitos. Hay un adagio castellano muy antiguo que dice que "de la panza sale la danza". Esto ocurre cuando esos alimentos son fácilmente digestibles y exigen para

su absorción un reducido consumo de energía. Así, pues, cuanto más nutritivos sean y con más facilidad se digieran, mayor será la euforia y más fácil la excitación de los impulsos instintivos.

Cuando los padres de la Iglesia—de todas las iglesias—establecieron las vigilias y los ayunos, las abstinencias de carne, etcétera, lo hicieron con el pensamiento puesto en la sexualidad, porque, naturalmente, no ignoraban los efectos de la gula alimenticia sobre la gula amorosa, o sea, la lujuria.

Una de las causas de la pérdida del vigor sexual en el hombre es el uso excesivo de los placeres amorosos, y si tenemos en cuenta que la alimentación inmoderada produce esos estímulos, no cabe duda que los excesos de la mesa se traducen en abusos de otra índole, especialmente cuando a la comida abundante se agregan vinos y licores, que nunca se consumen con la debida prudencia.

Hay pocos «comilones» que no sean tan lúbricos como los micos, mientras puedan digerir con facilidad las grandes masas de alimento que introducen en el estómago. Ahora bien, cuando las digestiones son pesadas y aparecen los trastornos gástricos graves, se presentan estados de anafrodisia e incluso de impotencia. No cabe duda que la salud es una aliada de la lujuria, pero nunca en términos generales. Hemos visto tuberculosos y otros afectados de dolencias específicas en los que el vigor sexual no padecía para nada; pero el enfermo del estómago rara vez puede dar las mismas pruebas de virilidad.

Dicen los antropólogos que en los primeros tiempos de la Humanidad, allá por la remotísima edad del hielo, los hombres eran excesivamente lúbricos, debido a que su alimentación era esencialmente carnívora. No obstante la vida de trabajo que hacían, aun suponiendo que sus digestiones fueran normales y sin trastornos graves, la decadencia de su vigor se manifestaba quizá muchos años antes que en el presente. Después, cuando se cultivó la tierra y se sustituyó a la carne por los vegetales, la raza mejoró y sus productos fueron mucho más sanos. El doctor Reinhard dice que la alimentación carnívora produce en todos los casos un aumento de excitación del instinto genésico, la cual se atenúa notablemente cuando no existe carencia de alimentos vegetales.

Iwan Bloch dice que «tanto en la antigua como en la moderna Inglaterra, el excesivo consumo de carnes y bebidas alcohólicas excita de una manera antinatural el instinto sexual y lo conduce

por sendas extraviadas», y refiriéndose a Alemania, hace la misma afirmación.

El peligro de las comidas abundantes no es otro, aparte los trastornos gástricos que puedan producir, sino que estimula el apetito sexual artificialmente, cuando ni el organismo psíquico ni el físico reclaman tales satisfacciones. Casi lo mismo que con el empleo de las drogas eufóricas, es lo que sucede con la gula y la alimentación carnívora: se crea un círculo vicioso del que no todos saben salir airosos. Una cena copiosa y bien regada predispone a los placeres del amor, los cuales rinden y agotan. Al día siguiente, después de una noche agitada, no hay más remedio que «reponer energías», y de nuevo vuelve a recurrirse a la comida, cuanto más excitante, mucho mejor. Y aquella noche, lo mismo que la anterior, y al siguiente día, igual que el que ha pasado.

Los fenómenos que determinan esta disposición, no son nunca exclusivamente físicos; ocurre igual que a los ingleses del reinado de Isabel, los cuales necesitaban comer patatas guisadas para «ponerse a tono». De la sugestión nace la fama de muchos alimentos a los que se atribuyen propiedades afrodisíacas, o anafrodisíacas también. En Bélgica se prepara el apio de muy diversos modos, y su consumo es enorme en los restaurantes nocturnos: a un belga de las clases inferiores de la sociedad no puede decírsele que el apio es más afrodisíaco que lo sean, por ejemplo, el espárrago o el cardo.

Ingiriendo estos alimentos en circunstancias propicias a la aventura amorosa, en un bar nocturno, en un cabaret, en cualquier establecimiento de esta naturaleza, no cabe duda que la sugestión desempeña un papel importantísimo, pero cuando concurren esas características del ambiente. Los pescadores de las costas inmediatas a Lisboa hacen un gran consumo de mariscos, que se producen en abundancia a ambos lados de la desembocadura del Tajo. Pero estos hombres aseguran que sus deseos sexuales ni aumentan ni disminuyen por ello, no explicándose la atracción que ejercen tales manjares sobre la sexualidad de los *papusecos*, como se llama en Portugal a los «señoritos».

De tierra adentro, la opinión sobre este punto difiere bastante en todos los países. No cabe duda que los mariscos, sobre todo, contienen gran cantidad de fósforo y otras substancias estimulantes. Ahora bien, es fácil que sus efectos afrodisíacos no actúen por igual en todos los temperamentos, puesto que está demostrado que

las gentes que habitan cerca del mar no advierten esos estímulos aunque ingieran grandes cantidades de esos productos.

El mejor régimen alimenticio que existe para conservar la potencia genital y, por lo tanto, la capacidad reproductora, es el que se hace a base de productos vegetales, leche, huevos y pescados. Esto no quiere decir que hayan de excluirse las carnes, especialmente las blancas, como pretenden los entusiastas del vegetarismo; pero aunque se proscribieran en absoluto, ello no ocasionaría ningún trastorno.

Huelga decir que siempre que se pueda aislar al estómago del impulso sexual, los alimentos cuya digestión se realiza normalmente, no pueden ser perjudiciales. Pero ocurre muchas veces que la voluntad no es bastante para sobreponerse a las excitaciones, y el individuo sucumbe a la apelación artificialmente provocada del instinto.

Demostrada la virtud de la alimentación fuerte y rica en substancias animales para excitar el impulso de la reproducción, no cabe duda que todo cuanto tiene de perjudicial para los que están bien constituídos sexualmente, resulta de beneficioso para quienes por cualquier causa llegan a esos estados de anafrodisia fronterizos con la impotencia, cuya principal característica es la debilidad sexual, la cual se manifiesta en virtud de ser necesario recurrir a las excitaciones enérgicas, a más de que las sensaciones resultan rápidas y efímeras, dejándole al sujeto psíquicamente insatisfecho.

A veces esta impotencia relativa obedece a un estado de debilidad general que no es correcto combatir con medicamentos. En estos casos, es la alimentación el remedio más eficaz que se conoce, y que precisamente debe hacerse a base de carnes rojas y poco asadas, caza muy fresca y bien condimentada, pescados de mar, huevos de dichos pescados, cangrejos, langosta, langostinos, percebes, etcétera. Algunos autores prescriben el uso de los berros, apio, espárragos, alcachofas, setas, trufas, zanahorias y hasta frutas ácidas, y como condimentos, la mostaza, el vinagre, pepinillos, alcaparras, pimienta, nuez moscada, clavo, azafrán, vainilla, etc.

Claro es que los efectos excitantes de estos manjares, a no ser que intervenga la sugestión—medicina frecuente y de gran utilidad en estos casos—, no se manifiestan sino al cabo de unos días de régimen severo. Durante este tiempo, que puede variar de dos a doce semanas, es necesario abstenerse en absoluto de realizar trabajos intelectuales o físicos agotadores. Sólo el trabajo físico, muy

moderado, puede practicarse en calidad de ejercicio, para lo que es preferible un método gimnástico especial que descubriremos después.

En los intelectuales se presentan a veces épocas de frigidez que no es nada alarmante, ya que se observan como consecutivas de un trabajo intenso. Para evitar consecuencias más peligrosas y duraderas, también la alimentación sana a base de productos de digestión fácil y un ejercicio físico moderado, permiten hacer compatibles los esfuerzos del trabajo con los deleites del amor. No obstante, cuando no hay motivos naturales de excitación, no es de aconsejar la adopción de métodos que tiendan a estimular de una manera artificial los impulsos dormidos.

Los grandes afrodisíacos naturales están siempre al alcance de todos. Al lado de la buena alimentación, o, por mejor decir, de una alimentación apropiada, puesto que no nutre lo que se come, sino lo que se asimila, la higiene moral y fisiológica completa la gran obra de conservar en el individuo las energías sexuales o de devolverle aquellas que perdió.

Un gran número de hombres son débiles sexualmente por herencia, o debilitados a causa de una vida antihigiénica, de un estado de depresión mental consecutivo de un excesivo trabajo, por el abuso de las funciones sexuales o por otras causas muy numerosas. El hombre sexualmente débil, como dice Boller, está falto de confianza en sí mismo, de concentración mental, de vigor, de sociabilidad, de optimismo, de entusiasmo, de espíritu de iniciativa, etc. Está siempre melancólico, distraído, como sin vida; huye de la sociedad, de las distracciones y de las mujeres...

Estos diversos síntomas son siempre más o menos numerosos y manifiestos, en proporción con el grado de debilidad sexual. Pero es que esta energía no es útil solamente para la procreación; conservada en el organismo, constituye la base de la vitalidad, del vigor, del carácter viril, enérgico y optimista. Por eso un débil sexual que permanezca mucho tiempo tarado con su anomalía, no es lo que se dice «un hombre», y no lo es porque no siendo su caso incurable, le falta la energía suficiente, muy poca, para realizar una vida higiénica perfectamente compatible con sus ocupaciones obligatorias, existencia que indudablemente le devolvería cuanto ha perdido y en su quietud suicida no puede recuperar, porque le falta la voluntad, que, como dijo Kant, es la condición primera de la salud.

El sistema de tratamiento higiénico más racional es el que se

basa en los elementos en que es pródiga la Naturaleza. Yo soy partidario en absoluto de los remedios que se encuentran en los agentes naturales: el agua pura, los rayos del sol, el aire libre, el ejercicio y una alimentación racional. En mi vida he tomado un específico ni he probado una medicina, y vivo bien, aunque a veces esté sometido a la dura prueba de un trabajo agotador. No obstante, no dejo de reconocer que no todos los organismos son iguales, y que algunas veces es necesario ayudar a la Naturaleza, cual debe ser la misión del buen médico que quiera lograr el paralelismo entre su reputación y su conciencia.

Con la sola aplicación de las leyes de higiene física, mental y moral, hay recursos más que suficientes para desterrar todas las dolencias sexuales, desde el simple chancro blando hasta la impotencia, que lleva al suicidio. Como dice un especialista naturólogo, «no hay razón para que aún haya hombres víctimas de sus vicios, cuando tan facilísimo es curarse sin el empleo de drogas ni medicamentos». En efecto, toda la naturaleza desborda de energía y de fuerzas, y su principio vital tiene la más grande virtud curativa, simplemente porque es natural. «Es la naturaleza ella misma, dice Boller, y no el empleo de medicamentos en pequeña o en fuerte dosis quien opera todas las curaciones.»

Claro es que debemos concretarnos también a lo que pudieran llamarse asimismo «enfermedades naturales», es decir, que se adquieren y se desarrollan sin que medien otras causas que las emanadas directamente de la naturaleza. La masticación de las hojas de coca, por ejemplo, no produce trastornos graves, sino que, por el contrario, despierta estímulos agradables y útiles; ¿pero es posible decir lo mismo de la cocaína, producto completamente artificial? Es fácil que sin salir de la Naturaleza encontremos remedios para combatir los perjuicios producidos por la coca; mas no es posible desarraigar la cocainomanía utilizando sólo los métodos naturales.

No obstante, aunque casi todas las dolencias sexuales están más o menos relacionadas con cualquier artificio de la civilización, las que son específicas o contagiosas, como la debilidad sexual, la anafrodisia y la impotencia, no cabe duda que se curan sin recurrir a la menor partícula de droga ni al más simple medicamento, aunque por lo general todos son derivados de productos naturales.

El doctor Boller prescribe muy particularmente el baño frío en todo tiempo al levantarse de la cama; el «bandaje T» de su

invención, el baño de sol y diversos ejercicios, tratamientos de que nos ocuparemos en otro capítulo. Estos métodos están en práctica en los centros naturistas de Alemania, Bélgica y Francia, y según las afirmaciones de muchas celebridades médicas, los resultados que se obtienen no pueden ser más felices. Tales métodos se aplican para todas las dolencias sexuales en absoluto, incluso para la curación de la sífilis. En este punto, es justo confesar que los éxitos logrados por medio de la naturoterapia no han sido muy halagüeños. Por otra parte, el sistema curativo es lento y muy molesto, aparte de que requiere mucho tiempo al día. No obstante, en los comienzos del mal parece ser que se han realizado curaciones que, francamente, pueden calificarse de milagrosas más que de absolutamente científicas.

La debilidad sexual, la impotencia y la anafrodisia, es decir, todos los trastornos del mecanismo psicofísico, no cabe duda que tienen en la naturoterapia un contrincante formidable que vence siempre en la lucha.

Sin embargo, huelga decirlo, es mejor prevenir que curar. La verdadera profilaxis de estos desarreglos psíquicos y mecánicos está en la vida higiénica, en los hábitos moderados, en las costumbres afirmadas como sistema, esto es, siempre lo mismo, con cronometricidad casi, comiendo a las mismas horas, más de día que de noche, durmiendo lo preciso, levantándose temprano, bañándose o lavándose el cuerpo a diario con agua fría, y no usando de los placeres del amor más que cuando la naturaleza lo exija «imperiosamente», y oponiéndose a sus caprichos cuantas veces se pueda, o sea, lo que debe ser la abstinencia inteligente.

Naturalmente, hay que huir de los vicios, y especialmente de los sexuales. No queremos decir que deban imponerse leyes rígidas, porque a más de ser inútil resultaría contraproducente. Pero si la juventud supiese hasta dónde pueden conducir los excesos de la edad del pleno vigor, aprendería a administrar sus energías, que no deben ser excitadas por más afrodisíacos que los de la Naturaleza.

En la primavera de la vida hay que hacer provisiones para el otoño del amor, y el mejor medio consiste en conservar las que sobran, para que no se presente el trágico frío del hielo de un invierno prematuro. El doctor Paúl Abard, dice: «Después de la estación primaveral, en que despiertan las flores y el amor, después del verano en que unas y otro han llegado a su completo des-

arrollo, llega el otoño en que las fuerzas siguen latentes, aunque más dulcemente, preparándose para el invierno en que van a morir.»

Esta es la evolución normal de las energías humanas. Por eso no es tan terrible, como los jóvenes suponen, el fin de la vida sexual, para la que parecen existir en sus locos anhelos de placeres constantes. El camino de la vejez será tanto más llano cuanto más lo haya sido el sendero de la juventud, y estará lleno de obstáculos y dolores si ocurrió todo lo contrario. El mismo autor citado, que es uno de los más célebres psicólogos de nuestro tiempo, habla así del amor en la vejez:

«Todos, al ver dos viejos que se quieren, que se tratan con una delicadeza que tiene más de caricia que de otra cosa, nos hemos preguntado si se aman todavía. Y hemos dado a la palabra "amar" su pleno significado. Es una cuestión fisiológica y psicológica. Su afecto es evidentemente algo más que amistad. Algo más también que reconocimiento por las alegrías pasadas. Más que una larga y agradable costumbre. ¿De qué naturaleza es su amor? ¿Hay en él parte de deseo? ¿Tiene posibilidades de realización?

Hemos interrogado, para averiguarlo, a muchos médicos. De una larga y minuciosa investigación hemos sacado, primeramente, una conclusión: todas sus respuestas se parecen. Esta semejanza en sus declaraciones es una prueba de exactitud. No podemos, por tanto, considerar como una excepción la solución dada por ellos a este problema de las relaciones íntimas entre viejos.

«Los esposos viejos, nos han respondido los doctores interrogados, que tienen aspecto de seguir queriéndose, son esposos que se han amado tierna, apasionadamente, en el sentido más voluptuoso de la palabra. Son, también, los que se han amado durante más tiempo. Casi nunca han cesado por completo en sus relaciones y hasta una edad bastante avanzada se han prodigado caricias amorosas."

Tuvimos que ser indiscretos y preguntar a los hombres de ciencia si la resistencia del cuerpo humano a los destrozos de la naturaleza es tan grande que ciertos hombres y mujeres puedan gozar las alegrías del amor sin limitación de edad.

La respuesta fué idéntica en todos los que preguntamos. La impotencia total, absoluta, no existe más que en una edad muy avanzada; con frecuencia, no llega a existir. Por lo tanto, cuando un sér humano, aunque sea viejo, permanece durante algún tiempo en absoluta continencia, sus fuerzas se rehacen poco a poco y

se van acumulando reservas. Y llega casi siempre un momento en que el organismo así «recargado» experimenta un nuevo deseo y es capaz incluso de exteriorizarlo.

Es preciso, sin embargo, estar en condiciones especiales y sentir un cariño particular hacia una persona del sexo contrario. Este es el caso de los esposos que han envejecido juntos y que, por la magia de su pasión, han llegado a no verse tal cual son en la actualidad. Los dos conservan con respecto al otro los mismos encantos de la lejana juventud.» (P. Abard, «L'amour et la joie».)

A este final magnífico del gran ciclo sexual de la vida, sólo puede llegarse en virtud de la observancia de una higiene moral perfecta. ¿Quién duda que el primer afrodisíaco es el amor? Pero no esa pasión violenta que inspira un sér desconocido del que sólo impresionan, repentinamente, sus encantos físicos; ha de ser la pasión que nace de la comunión perfecta de todos los sentidos, del amor verdadero que se conserva a través de todas las amarguras y embates de la vida. La sexualidad sin amor no calma las excitaciones de las energías psíquicas que inducen a los placeres: queda satisfecho el cuerpo, pero el alma sigue sedienta. Así se llegan a aislar las emociones de ambos elementos, y al nacer la lujuria mueren los afectos hacia lo externo, surge el egoísmo, y tras del egoísmo la perversidad y el vicio, que conduce a la degeneración, a la enfermedad y a la muerte, después de haber pasado por el crimen.

De aquí la gran necesidad de someterse a las normas cristianas inspiradas en el ideal ascético de la abstinencia... relativa, después de haber practicado la absoluta hasta lograr el dominio de sí mismo con las fuerzas de la voluntad.

Higiene fisiológica e higiene moral: higiene, en una palabra. He aquí el secreto del equilibrio de las funciones sexuales, manteniendo su actividad normal y floreciente hasta el final mismo de la vida, sin tener que recurrir a las drogas que excitan ni a los medicamentos que aplaquen el hambre insaciable de la lujuria, harta de estar sometida a los imperativos artificiales de una moral equivocada. La higiene es el término medio, y en esto, como en todo, sólo en el término medio fué posible a los hombres hallar la calma, el bienestar y, sobre todo, la verdadera virtud.